

## Presentación<sup>1</sup>

La interioridad de la persona humana ha siempre fascinado a los mejores autores espirituales. Se podría incluso decir que las posturas diferentes hacia dicha dimensión del ser del hombre es lo que distingue una escuela espiritual de otra. Cada persona sincera tiene que responder, explícita o implícitamente, a preguntas como: ¿Cuál es el justo equilibrio en la existencia humana entre la interioridad y la exterioridad? ¿Qué criterio puedo usar para juzgar dicho equilibrio y para dar a cada dimensión su debida importancia? El gran problema en mi vida ¿son mis circunstancias o son mis propios pecados? En esta tensión entre lo exterior y lo interior, ¿dónde está la imagen y la semejanza de Dios, para centrar allí mi atención y crecer como persona y como cristiano? Sobre todo, ¿cómo cultivar una mayor sensibilidad relativa a este mundo interior, este mundo de los poderes espirituales del hombre?

Tales preguntas forman parte de la aventura de *reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo*<sup>2</sup>. Son las que han motivado el presente *Tratado de la casa interior o de la edificación de la conciencia*. Antes de leerlo, será útil verlo en su conjunto.

## Autor y circunstancias

Durante muchos años, el *Tratado* fue atribuido a San Bernardo de Claraval (+1153) y aparecía entre sus obras<sup>3</sup>. Fue publicado también como obra de Hugo de San Víctor (+1141)<sup>4</sup>. Sin hacer aquí un análisis exhaustivo, que nadie ha hecho hasta la fecha, podemos decir con bastante certeza que nuestro *Tratado* no es obra personal ni del abad de Claraval ni de su contemporáneo canónigo de París. No obstante, el contenido demuestra que tiene un parentesco literario y espiritual con los dos autores del siglo XII.

En efecto, varios temas evocados en el *Tratado* se refieren a la espiritualidad de los primeros Padres cistercienses, con frecuencia con el mismo vocabulario: p. ej., el sometimiento progresivo del cuerpo al alma y de esta última a Dios<sup>5</sup>, las siete columnas de la casa de la sabiduría<sup>6</sup>, el lugar central de la con-

# Tratado de la casa interior o de la edificación de la conciencia

CuadMon 136  
(2001) 57 - 102

<sup>1</sup> Agradecemos al P. Agustín Roberts, ocsa, que nos envió esta presentación. El P. Agustín es monje de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, y actualmente reside en la Curia Generalicia de la Orden, donde se desempeña como Procurador General.

<sup>2</sup> *Ef* 1,17.

<sup>3</sup> Por ejemplo, en *Oeuvres complètes de Saint Bernard*<sup>6</sup> T.VI, Louis Vivès, Libraire-Editeur, 1877, pp. 1-50.

<sup>4</sup> *Idem*, p. 1.

<sup>5</sup> *Tratado*, Prólogo: cf. GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *Carta de oro*, n. 187.

<sup>6</sup> *Tratado*, ns. 6-15: cf. SAN BERNARDO, *3<sup>er</sup> Sermón Adv.*, n. 7.

ciencia<sup>7</sup>, el nacimiento del Hijo de Dios en el alma humana<sup>8</sup>, la unión con Dios por la conformidad de voluntades<sup>9</sup>, la necesidad de la confesión de los pecados en la conversión a Dios<sup>10</sup>, el raptó espiritual expresado como “el sábado de los sábados”<sup>11</sup>. Estas similitudes hacen pensar que la fecha de redacción sea posterior a la muerte de San Bernardo.

Al mismo tiempo, varios puntos de la enseñanza del *Tratado* son diferentes de la doctrina de los primeros Padres cistercienses: la naturaleza del imagen y de la semejanza de Dios en el hombre<sup>12</sup>; la poca importancia dada a la vida comunitaria y a la liturgia, de las cuales se habla más bien como contexto de pecados<sup>13</sup>. El estilo de nuestro *Tratado* contrasta marcadamente con el de los autores del siglo XII. Aunque el tono es teológico, predomina, especialmente en la parte central, el análisis psicológico. Incluso el raptó espiritual, como cumbre de la contemplación, se presenta en términos más psicológicos que bíblicos. Se nota en consecuencia la ausencia del optimismo exuberante de la edad de oro cisterciense

Dichos rasgos, junto con otras referencias contenidas en el texto<sup>14</sup>, hacen pensar que nuestro autor anónimo fue monje, probablemente abad o prior, de un monasterio cisterciense durante los siglos XIII, XIV ó XV. La confesión de no llevar “la vida de un clérigo”<sup>15</sup> da una idea de lo que era, quizá antes de abrazar la vida monástica. El tono general de oposición entre la “casa interior” y la dimensión exterior de la vida monástica podría reflejar no sólo la personalidad del autor, sino también los siglos de relativa decadencia de los monasterios (1300-1550) y del comienzo de la “*devotio moderna*” (1350-1500).

## Estructura y mensaje

La presente edición mantiene la división del texto en 88 párrafos y 41 capítulos, que se encuentra en la versión que aparecía entre las obras de Hugo de San Víctor. Una división aún más importante sería entre las tres partes mayores del texto, a la que ya hemos referido:

**1ª parte: *Naturaleza y rasgos de la conciencia***, capítulos 1-13, con 14-15 como transición a:

**2ª parte: *Confesiones del autor y consejos del padre espiritual***, caps.16-35, con 36-37 como transición a:

**3ª parte: *Imagen de Dios y elevación del alma***, capítulos 37-41.

Por lo tanto, el plan general de la obra es lógico y claro, a pesar de sus frecuentes

<sup>7</sup> *Tratado*, ns. 1-6; 16-20: cf. SAN BERNARDO, *Costumbres de los obispos*, Cap. VI.

<sup>8</sup> *Tratado*, ns. 80-82: cf. GUERRICO DE IGNY, *Sermones* 27,4-5 y 47,2-4.

<sup>9</sup> *Tratado*, ns. 6 y 80: cf. SAN BERNARDO, *Sobre el Cantar de los Cantares* 83, ns. 2-6.

<sup>10</sup> *Tratado*, ns. 36-37 y 42-43: cf. SAN BERNARDO, *En la Circuncisión del Señor* 1, ns. 4-5.

<sup>11</sup> *Tratado*, n. 86: cf. SAN ELREDO DE RIEVAL, *Espejo de la caridad*, L. III, Cap. 6, n. 17.

<sup>12</sup> *Tratado*, ns. 79-81: a comparar con SAN BERNARDO, *Sobre el Cantar de los Cantares*, sermones 80-83.

<sup>13</sup> *Tratado*, ns. 38-39 y 59.

<sup>14</sup> Por ejemplo, en los ns. 38-39 y 66-67.

<sup>15</sup> N. 38.

repeticiones. Se comienza indicando las características de la conciencia. Queda claro que se refiere aquí a lo que posteriormente llamamos la “conciencia moral”: la dimensión del ser humano que juzga sus propias acciones y, a su vez, es juzgado por Dios<sup>16</sup>. El autor, siguiendo la doctrina patristica más que la escolástica, sitúa esta conciencia en el corazón. Indica una serie de cualidades de la misma, una de las cuales es la de “ser cultivada por la confesión de los pecados”<sup>17</sup>. Así nos prepara para los capítulos centrales, que de otra forma nos tomarían de sorpresa.

Efectivamente, la parte céntrica y más larga del *Tratado* desarrolla prolijamente la confesión de los pecados. Es la parte más original. No sabemos si toda la serie de problemas y de pecados en estos capítulos centrales del *Tratado* corresponden a la vida del autor, pero es evidente que reflejan los pecados y las tentaciones de toda generación monástica. Por eso se puede percibir la intención pastoral del autor, que no es solamente la de presentar la excelencia de la vida interior, sino también reformar a los monjes personalmente y al monaquismo en general.

Esta parte central termina con una invitación apasionada a mirar la dignidad de la conciencia: “ninguna ciencia es más digna que aquella por la cual el hombre se conoce a sí mismo”<sup>18</sup>. Y así llegamos a la sección final, que repite en un tono más elevado la llamada a la unión contemplativa con Dios Trino que había sonado en los primeros capítulos. El autor, como buen predicador, vuelve en estos últimos párrafos al propósito que había anunciado al comienzo, pero entre el principio y el fin el lector ha pasado por la purgación imprescindible de una confesión general de pecados y específicamente, si se permite la frase, de pecados monásticos.

El valor de la obra consiste, sobre todo, en este contraste dramático y dinámico entre luz y tinieblas. Para llegar a la luz divina, hay que pasar por el valle de lágrimas, es decir, de la confesión de los pecados o, como repite tantas veces nuestro autor, por el conocimiento de sí mismo. Para edificar la casa interior de la conciencia, hay que volver al corazón. La vuelta al corazón, tema tan tradicional y tan actual, es el *leitmotif*, la melodía subyacente de todo el *Tratado*. Se presenta con una fuerza y una insistencia poco comunes, lo que refleja seguramente la experiencia espiritual del autor, tanto en cuanto a la luz del raptó contemplativo como respeto de las tinieblas del pecado propio.

Influenciada de varias maneras por los Padres cistercienses del siglo XII, pero claramente diferente de los mismos, la obra trata de expresar la experiencia del autor para levantar el nivel espiritual en los monasterios caídos en la rutina o en la indiferencia. El camino que el autor ha elegido a este propósito no pasa por las dimensiones comunitarias y litúrgicas de la vida monástica, sino por la soledad en comunidad<sup>19</sup>. De allí que el *Tratado* tiene sus límites, pero representa el mensaje permanente de *volver al corazón*, de reconocer en la teoría y en la práctica la dignidad de la conciencia moral humana, las raíces profundas del pecado y la necesidad de una conversión continua a Dios que habita dentro del alma, donde quiere ser conocido como “la plenitud de la ciencia,... la plenitud de la gloria”<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> Cf. especialmente el n. 16.

<sup>17</sup> N. 24.

<sup>18</sup> N. 36. Ver también los ns. 17-18.

<sup>19</sup> Ver especialmente los ns. 38-39: “La vida común, la disciplina general y el estudio realizado juntos agradan a los demás, yo amo los lugares y caminos alejados”.

Traducción<sup>21</sup>

## TRATADO DE LA CASA INTERIOR O DE LA EDIFICACIÓN DE LA CONCIENCIA

### PRÓLOGO

La casa que habitamos, nos amenaza de todos lados por su ruina. Por eso, porque se va a caer en breve tiempo, debemos edificar otra. Entremos en nosotros mismos y examinemos nuestra conciencia. En efecto, así como nuestro cuerpo es llamado tienda en la cual combatimos, así nuestra conciencia es llamada casa en la cual descansamos después de la lucha. Combate rectamente aquel que por la lucha que ejerce con el cuerpo, edifica la casa de la conciencia. *Trabaja con cuidado tu campo, dice el Sabio, para poder edificar después tu casa*<sup>22</sup>.

Este campo es nuestro cuerpo cuyos sentidos y mociones usamos rectamente cuando los doblegamos a la práctica de la virtud, subyugándolos al dominio del alma, y así el cuerpo se somete sin cesar al espíritu que obedece enteramente a Dios.

Es así que se construye la conciencia interior: la satisfacción necesaria por los pecados cometidos, la herida prudente y sabia del mal presente, la hacen hermosa. Satisfacción necesaria es corregir el mal hecho, y no repetir lo que ha sido digno de corrección. La conciencia en verdad dura para siempre, nunca termina, así como el alma inmortal, tampoco puede existir sin conciencia. La conciencia, en efecto, es la gloria inseparable o la confusión de cada uno según la calidad del depósito que se le ha confiado.

### CAPÍTULO I

*Se debe purificar y serenar la conciencia antes de edificarla*

1. Ésta es la conciencia en la cual permanecemos eternamente, la debemos edificar, pero antes purificar. ¿Quién la purificará? Seguramente Dios y el hombre. El hombre por sus pensamientos y afectos, Dios por su misericordia y gracia. En la purificación de la conciencia son necesarios los pensamientos y los afectos: los pensamientos para investigar la verdad; los afectos para el ejercicio de la virtud. Por cierto la misericordia ahora destruye el pecado, después da la fuerza de resistir, ahora quita la ocasión del pecado, después infunde el dolor amargo del mal, y las más de las veces sana los afectos. La gracia ayuda para el bien, defiende contra el mal, instruye para discernir el uno del otro. El hombre entonces estimulado por la verdad, confiesa sus pecados

<sup>20</sup> N. 88.

<sup>21</sup> Este tratado ha sido publicado por los abades Dion et Charpentier, *Oeuvres complètes de Saint Bernard*, troisième édition, tome sixième, Louis Vivès, Libraire-Editeur, 1877, pp. 1-50. Y traducido del latín y francés, por las Hnas. Trapenses del Monasterio de *La Madre de Cristo*, Hinojo (Buenos Aires), Argentina.

<sup>22</sup> Pr 24,27.

y Dios inclinado por su misericordia perdona a quien confiesa el mal. En efecto, en la confesión está toda esperanza de perdón y misericordia, nadie puede ser justificado del pecado, si antes no lo ha confesado. En efecto, cada uno empieza a ser justo desde el momento en que se acusa a sí mismo.

2. ¡Oh conciencia feliz, en la cual *la misericordia y la verdad se han encontrado, en que la justicia y la paz se han besado*<sup>23</sup>. La verdad de aquel que confiesa y la misericordia de Aquel que tiene piedad se han encontrado: porque no puede faltar la misericordia a aquel que se reconoce en la verdad. El beso de la justicia es amar a los enemigos, dejar por Dios a sus padres y sus bienes, soportar las injurias recibidas y evitar a toda costa el honor que se nos ofrece. El beso de la paz es invitar a la paz a los que nos odian, llamar a la concordia a los que están en discordia, soportar con paz a los adversarios, enseñar con compasión y bondad a los que están en el error, consolar con clemencia a los tristes, y mantener la paz con todos. Bienaventurada aquella alma que fundada en la paz de Cristo y establecida en el amor de Dios, cuando sufre luchas exteriormente su paz interior no se turba. En ella cualquier molestia que hace ruido afuera no irrumpe hasta el silencio de la tranquilidad interior; porque, tocada por el gusto de la dulzura interior, queda por el deseo recogida dentro. Ni se pierde afuera enormemente en los placeres de la carne, porque posee adentro todo lo que es objeto de sus delicias. Y como está pacificada en sí misma, mientras no apetece nada de lo que está afuera, descansa toda adentro por el amor. Cuando se concentra toda en el gozo interior, se reforma a imagen de Dios que venera en sí misma. Con frecuencia los ángeles y los arcángeles visitan una tal alma y la honran como templo de Dios y morada del Espíritu Santo. Sé entonces templo de Dios y Dios excelso habitará en ti. El alma, en efecto, que tiene a Dios en sí, es templo de Dios, donde se celebran los misterios divinos.

3. Además el alma que no se esfuerza en quedarse en sí misma, ni en fijar su deseo en el amor de Dios, sale afuera a través de los ojos y los oídos y los otros sentidos del cuerpo y se deleita en las cosas exteriores. Pero, al encontrar estas puertas cerradas, volviendo en sí misma y viéndose desnuda y desolada quedará golpeada por una atroz confusión y horror. Porque buscó el consuelo del mundo no tendrá ese consuelo que Dios da en la conciencia. Y no sólo Dios no se dignará visitarla sino que consciente de su mal, no podrá tolerarse a sí misma. No podrá tener descanso en sí porque abandonó a Aquel con quien debía habitar y descansar. Mientras estás en relación con los otros, piensa que no podrás permanecer para siempre con ellos. Elígete entonces como compañero Aquel que te será fiel, cuando te sean sustraídas todas las cosas. Él conserva fidelidad a los que más quiere, no se retira en el tiempo de la angustia. Tu Dios es Aquel a quien debes elegir.

4. Recoge entonces todas las distracciones del corazón y las agitaciones de la mente y fija todo tu deseo en Dios solo, allí está tu corazón, donde está tu tesoro deseable y muy amable. En efecto, Él mismo visita frecuentemente e inhabita de buena gana la tranquilidad del corazón y el ocio de la mente quieta, porque Él es la paz y *su lugar se establece en la paz*<sup>24</sup>. Por eso prepárate de tal manera, que Dios esté contigo, esté en la boca, esté en el corazón, siempre vaya contigo, siempre vuelva contigo, ni se retire de ti. Nunca Él te despedirá si no lo has despedido tú

<sup>23</sup> Sal 75,3.

<sup>24</sup> Sal 84,9.

primero. Adondequiera que vayas nunca podrás estar sólo, porque Dios estará contigo. Purifica entonces tu conciencia y siempre mantente listo para que a cualquier hora que el Señor viniera y quisiera habitar contigo encuentre una morada preparada para Él. En efecto Él mismo dijo: *Me harás un santuario para que yo habite en medio de ellos*<sup>25</sup>.

5. Tratemos de construir en nosotros un templo a Dios para que Él habite primero en cada uno de nosotros y después en todos juntos: porque él no desdeñará ni a cada uno ni a todos. Primero entonces que cada uno trate de no separarse de sí mismo, *porque todo reino dividido en sí mismo será desolado y toda casa en lucha contra sí misma será destruida*<sup>26</sup>, ni Cristo entrará donde los muros estuvieran inclinados y las cercas de piedras quitadas. El alma quiere tener íntegra la casa de su cuerpo y tiene que salir fuera si sus miembros están dispersos. Que ella misma vea, si desea que Cristo habite por la fe en su corazón, es decir, en sí misma. Ve y cuide atentamente que sus miembros no estén separados, es decir, la razón, la voluntad y la memoria. Prepara a Dios una morada digna aquel cuya razón no está engañada, ni por la voluntad perversa ni la memoria manchada. Dichosa es aquella alma que trata de purificar la casa de su corazón de las manchas de los pecados y cumplir con obras santas y justas para que no sólo los ángeles, sino también el Señor de los ángeles se deleiten al habitar en ella. Purificada la casa, y alejados todos los males de ella, se llene de todos los bienes para que no nos sea necesario buscar algo afuera a nosotros que hemos dejado todo lo exterior.

## CAPÍTULO II

*De las siete columnas que hay que levantar para construir la casa de la conciencia y en primer lugar: la buena voluntad, que es la primera*

6. Que la Sabiduría pues se construya una casa, que ella levante siete columnas para soportar todo el edificio. La conciencia es la casa; las siete columnas son: la buena voluntad, la memoria, es decir, el recuerdo de los beneficios de Dios, el corazón puro, el espíritu libre, el espíritu recto, la mente devota, la razón iluminada. Que se levante en primer lugar la primera columna. En efecto, entre todos los dones del Señor que parecen referirse a la salvación del hombre, el bien primero y principal es la buena voluntad por la cual se restablece en nosotros la imagen de la semejanza con Dios. Es la primera, porque todo bien comienza por la buena voluntad. Es la principal porque nada es dado a los hombres de más útil que la buena voluntad. Ninguna acción que haga el hombre puede ser buena, si no procede de la buena voluntad. Sin buena voluntad le es absolutamente imposible salvarse, con ella, nadie puede perecer. No puede ser dada al hombre contra la voluntad de él, ni puede ser sacada sin su consentimiento. Es la voluntad del hombre y el poder de Dios. Es la voluntad del hombre, porque de él depende el querer, de aquí también que todo el mérito está en la voluntad. Cuanto quieres, tanto mereces. Tanto crece tu buena voluntad, tanto crece tu mérito. Acrecienta tu buena voluntad si quieres que tus méritos sean considerables. Así Dios, como un padre muy misericordioso y muy piadoso en esto puso el

<sup>25</sup> Ex 25,8.

<sup>26</sup> Lc 11,17.

secreto de nuestra redención que a nadie puede faltarle si él no lo quiere. Amar todos los hombres ricos o pobres lo pueden, aunque no pudiesen distribuir igualmente el dinero. Sin embargo, la buena voluntad no es buena, si no realiza lo que ella pide.

### CAPÍTULO III

*De la segunda columna que es la memoria de los beneficios de Dios*

7. Acordémonos de las misericordias de Dios a fin de inflamarnos en su amor. Recordemos los bienes que nos ha hecho; frecuentemente nos ha sacado con clemencia del peligro; jamás nuestros pecados le han podido vencer ni le impidieron tener piedad de nosotros, cuando lo olvidamos, nos hizo pensar en Él, cuando le fallamos nos llamó; volviendo a Él nos acogió con bondad; penitentes nos concedió gracias; perseverantes, nos mantuvo firmes; caídos, nos levantó; cambió en amargura nuestras delectaciones perversas; y después de habernos tratado tan saludablemente, de nuevo nos concedió sus consolaciones. En fin, después de la tribulación, nos ha purificado, nos ha restituido el reposo y la paz perfecta, Él, que jamás falta a los pecadores para corregirlos ni a los justos para velar sobre ellos. Repasemos en nuestros pensamientos cuánto bien Dios nos ha hecho sin que se lo pidamos, sin que lo deseemos, aún cuando nosotros lo rehusamos; cuántos pecados nos ha perdonado y de cuántos peligros Dios liberador nos ha liberado. Con qué gran condescendencia de piedad el Señor nos ha preservado con su gracia de un gran número de faltas en las cuales hubiéramos podido caer, cómo hemos caído muchas veces siendo ingratos a su mirada y contrarios a su adorable voluntad. Así como no debe haber ningún momento que no gocemos de la bondad y misericordia de Dios, lo mismo no debe haber ningún instante que no le tengamos presente en la memoria.

### CAPÍTULO IV

*De la tercera columna que es el corazón puro*

8. Se desprende de aquí que hay que amar con todo nuestro corazón a Aquel que nos concede tantos beneficios, es decir, amar con todo nuestro pensamiento, con todo nuestro afecto, sin defección. Que nuestro corazón sea recto, para que a Dios le agrade en todo: recto por la rectitud de la intención, excluyendo todo mal pensamiento, asiduo en la contemplación. Dispuesto a seguir la voluntad de Dios hacia donde conozca que se incline. Orientado hacia lo alto, no considerando y no deseando sino los bienes divinos y celestiales. Que sea puro, que no soporte que algo malo quede en sí mismo, que en su conciencia o en aquella de otros, no considere como tolerable la menor materia de escándalo. Que él se muestre dulce, respondiendo con suavidad, reprendiendo con bondad, advirtiendo con caridad, corrigiendo con moderación. Que sea inmaculado, que rechazando toda mancha, deplora sus pecados de pensamiento o de acciones. Que llore sobre su miseria y sobre aquella de los otros; que él lamente no solamente sus pecados, sino también los del prójimo; que sea penetrado de compunción por el mal que ha hecho y por el bien que ha dejado de hacer.

## CAPÍTULO V

*Del espíritu libre, cuarta columna*

9. Que el espíritu sea libre de las solicitudes del mundo, de las voluptuosidades de la carne, de los pensamientos perversos: a fin de que él pueda cuando lo quiera considerarse a sí mismo, o servir útilmente a sus hermanos o bien reposar en la contemplación de las cosas celestiales. Que él sea firme, para no ser sacudido por ninguna perturbación repentina, para no ser seducido por los encantos o quebrado por los reveses. Que ninguna cólera, que ninguna impaciencia pueda turbar su calma y su reposo: porque Cristo es la paz, y el amante de la paz reposa en la paz no pudiendo residir en un espíritu agitado. Que sea consumido en el amor de Dios. Porque amar a Dios es mantener nuestra alma en Él, es concebir el deseo de gozar de su visión, tener odio del pecado, menosprecio del mundo, es amar al prójimo como Él quiere que sea amado.

## CAPÍTULO VI

*Del espíritu recto, quinta columna*

10. Que el espíritu sea recto, alejado enteramente de las cosas terrestres y presentes, unido e inseparablemente ligado a Dios. Que en su tierna devoción se eleve, que visite las moradas superiores y las numerosas habitaciones que hay en la Casa del Padre celestial, postrándose humildemente delante del trono de Dios y del Cordero. Que corra en las plazas de la Sión celestial: que escuche el cántico de los ángeles y que dirija sus respetuosas súplicas a todas las órdenes de los espíritus bienaventurados, recomendándose él mismo a cada uno de ellos en particular y al mismo tiempo a todos juntos. El alma no puede esperar una gracia grande, si no se ejercita largo tiempo y no es plenamente perfeccionada en su propio conocimiento. Es en vano que dirija el ojo del corazón para contemplar a Dios, quien no es apto aún para verse a sí mismo. Es necesario primeramente que conozcas lo que hay de invisible en tu espíritu antes de ser capaz de conocer lo que hay de invisible en Dios. Y si no puedes conocerte, no presumas alcanzar lo que está encima de ti.

11. El principal y típico espejo para ver a Dios, es el espíritu razonable que se encuentra a sí mismo. *Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras*<sup>27</sup>, ¿dónde -yo lo pregunto- los vestigios de este conocimiento serán más reflejados que en su imagen? Quien tiene sed de ver a Dios, limpie su espejo, purifique su espíritu. *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*<sup>28</sup>. El verdadero penitente no cesa cada día de mirar, de purificar, de mantener y de custodiar este espejo. De mirarlo, con el fin de ver si hay y encuentra alguna cosa que desagrade a Dios. De limpiarlo no solamente de pecados y acciones sino también de los pensamientos, para que nada subsista en él que ofenda

<sup>27</sup> Rm 1,20.

<sup>28</sup> Mt 5,8.

los ojos del Señor. De mantenerse en el temor, que postrado en tierra no se ata por el amor y no se ensucia con el polvo de los vanos pensamientos. De vigilar a fin de que Aquel que ha fijado su tienda entre los humanos y encuentra sus delicias en habitar con los hijos de los hombres, que se encuentra a la puerta y llama, a cualquier hora que él quiera entrar, encuentre una morada pura. Porque Dios que ama la pureza no puede habitar en un corazón manchado.

12. En este espejo limpio, examinado por largo tiempo con cuidado, una cierta claridad de la luz divina empieza a resplandecer sobre el alma y el rayo prolongado de una visión desacostumbrada aparece a los ojos del corazón. Inflamada por el resplandor de esta luz, en su pureza se pone a contemplar con una mirada penetrante y elevada las cosas secretas del cielo, a amar a Dios y a unirse a Él; todo lo que excita, lo mira como que no es, renuncia a todas las afecciones y se da enteramente al amor, sabiendo que sólo es feliz quien ama a Dios. Ahora bien, no se llega a esta gracia tan considerable por el propio esfuerzo. Es un don del Señor, no es mérito del hombre. Pero sin ninguna duda, que recibe esta gracia tan grande quien huye de los cuidados del mundo, y toma cuidado de sí, quien se estudia frecuentemente a sí mismo y con diligencia busca conocerse. Vuelve por tanto a tu corazón y escríptate cuidadosamente. Considera de dónde vienes, hacia donde vas, cómo vives, lo que haces, lo que dejas, cuánto progresas cada día, cuánto declinas, cuáles son tus pensamientos, en qué te ocupas, cuáles afectos te mueven más frecuentemente, con qué tentaciones el espíritu maligno te prueba más violentamente. Cuando conozcas, en cuanto se puede, el estado del hombre interior y exterior y los hábitos, viendo plenamente no solamente lo que tú eres sino más aún lo que deberías ser, por tu propio conocimiento, podrás ser elevado a la contemplación de Dios. Cuanto cada día avanzas en este conocimiento, tanto más te elevas a lo alto. Pero puede ser que has subido al monte, has ya entrado en tu corazón, has fijado la atención y digas que ya estás ahí, mas ni esto sea suficiente. Aprende a permanecer ahí y, cuando cualquier divagación del espíritu te lleve fuera, apresúrate a volver siempre hasta que seguramente el hábito frecuente se tornará en deleite para ti, al punto que sin ninguna fatiga, puedas ser asiduo a esta aplicación, aún más será una pena para ti morar en otro lugar que no sea éste.

## CAPÍTULO VII

### *De la mente devota, sexta columna*

13. Si tú sientes tus deseos inflamarse a causa de las delectaciones exteriores, no permitas que entren en tu corazón. Más bien, entra y vuelve a tu corazón y trata de quedarte allí. En efecto, el espíritu que no se eleva hasta la consideración de sí mismo, se dispersa a través de mil deseos y se encuentra solícito de un lado a otro por diversos pensamientos; no puede recogerse en sí mismo, porque no sabe volver en sí mismo, pero también porque sus pensamientos y su conducta se encuentran en el grado más ínfimo. Así, no puede levantar vuelo sobre las alas de la contemplación hacia las realidades que están encima de él. Que aprenda por tanto a reunir las dispersiones del corazón, que se habitúe a permanecer en su interior, que se esfuerce por restringir los deseos de salir de la mente y a olvidar todo lo exterior. Que aprenda a amar sólo los bienes interiores del alma y les tenga frecuentemente en el pensamiento, quien más suspira por la visión

de las cosas celestiales y arde en deseos de conocer los bienes divinos. Cuando haya examinado atentamente lo que ha buscado durante mucho tiempo y encuentre lo que es en realidad, le queda por aprender en la luz divina lo que debe ser, qué edificio debe construir al Señor en su alma y qué homenajes debe rendirle para aplacarlo.

14. Aquel que reúne en un solo punto las divagaciones de la mente, y que fija todos los movimientos de su corazón en el deseo de la eternidad, volvió a su corazón, permanece con agrado y encuentra maravillosas delicias. Y como en la magnitud de su alegría no puede conternerse en sí mismo, es conducido por encima de él, elevado hacia las cosas de arriba, asciende de esta manera por sí mismo, por encima de sí y de su propio conocimiento que llega hasta el conocimiento de Dios; aprende a amar sólo a Dios, a pensar sin interrupción en Dios y a reposar con deleite en Él. Cuando el amor de Cristo haya absorbido todo el afecto del hombre hasta el extremo de que despreocupado y olvidado de sí, él no guste más que a Jesucristo y lo que se relaciona con Él, entonces, a mi modo de ver la caridad es perfecta en él. A quien está tocado de estos bellos sentimientos la pobreza no le es una carga, este cristiano no siente las injurias, se ríe de los oprobios, tiene en poco los prejuicios, estima la muerte como ganancia, o más bien, no cree que muere, cuando sabe por cierto que pasa de la muerte a la vida. Aquel que el amor del Señor tiene así interiormente unido, no puede salir fuera ni por un instante, pues arde en su corazón del deseo que le causa este amor, con tanta energía, cuanto tiene de familiaridad, con tanta fuerza que sus ternuras son redobladas. Quien encuentra de esta manera sus constantes delicias en el amor de Dios, experimenta frecuentemente éxtasis de espíritu; abstraído de las cosas presentes y terrestres se presenta a Dios y cuando considera su belleza, admirado de la grandeza de su encanto, permanece suspendido y todo agarrado en su admiración. Ve con asombro la gloria de este rey, la magnificencia de su dominio, la grandeza de la ciudad de lo alto, la felicidad de los ciudadanos que la habitan. Él contempla así el resplandor de la gloria, la bondad de Dios, la dulzura de la suavidad interior y la tranquilidad del reposo eterno. Medita la potencia del Padre, la Sabiduría del Hijo, la bondad del Espíritu Santo y la bienaventuranza angelical. Se regocija de Dios por Dios, admirando su ternura y contemplando su esplendor. ¡Oh qué gozo se experimentaría si no fuera un éxtasis tan pasajero! El alma se deleita en la contemplación de los bienes celestiales y contemplándolos es embriagada en delicias. Pero esforzándose en quedar más en este estado, cae súbitamente y volviéndose en sí misma, no puede comunicar a nadie lo que ha visto por encima de ella, atraída por el conocimiento de esta suavidad, admira en sí misma, la dulzura de la bondad que ha gustado y la infusión celestial de la alegría espiritual que ha recibido. Recuerda igualmente en su corazón secretamente la claridad de la luz inmaterial, y el gusto de esta ebriedad secreta, el secreto de este reposo interior, y el misterio de esa tranquilidad soberana. En esta contemplación y en la dulzura que le acompaña, es colmada de alegría y experimenta maravillosas delicias. Que vuele hasta llegar a la presencia del rey y allí que lllore y que suspire, que se derrame en lágrimas, que pida perdón e implore gracia y que no se retire de allí antes de haber sentido que ha aplacado al Dios que tanto había ofendido y sin haber recibido el consuelo de Él.

## CAPÍTULO VIII

*De la razón iluminada, séptima columna*

15. Finalmente, la razón elevada, en el éxtasis de su espíritu a la contemplación de las cosas superiores y transportada hasta el secreto de la visión divina, iluminada en estas alturas por conocer la verdad y la pura luz, inflamada por suspirar tras la bondad real, reúne como en un haz todas las voluptuosidades ilícitas, todos los afectos, las divagaciones de la memoria, todas las agitaciones del espíritu con sus errores, y fija todo su deseo en aquella fuente de felicidad. Que la razón ocupe siempre el lugar superior, que ningún movimiento se rebele contra ella; sino que todo le obedezca como ella obedece a Dios, si siente un movimiento elevarse por lo que no debe ser, o de un modo que no conviene, que no consienta, sino que se oponga. En efecto, es sólo el consentimiento que nos hace culpables, aún cuando un obstáculo impida la acción que buscábamos realizar. Entonces se dice que el alma muere cuando la razón es inclinada hacia el pecado por el consentimiento. *El que peque es quien morirá*<sup>29</sup> Que resista para no morir, que combata para ser coronada. La lucha es penosa, pero es fructuosa, porque si bien causa esfuerzo, aportará la corona. El sentimiento no es dañino, cuando no hay consentimiento; y lo que fatiga al que resiste, corona al vencedor.

## CAPÍTULO IX

### *De las señales y títulos de una conciencia bien edificada*

16. Es así que se edifica una buena conciencia. La buena conciencia es aquella que condena los pecados pasados y evita cometer aquellos que necesitaría castigar: que si ella siente el pecado rehusa su consentimiento, si es manchada por el pensamiento es lavada por la razón. La conciencia recta es aquella que le disgusta su propio pecado y que no consiente en el del otro: a causa de esto, no abandona al pecador y no disimula su falta, y reprimiéndolo, no lo insulta. Es tranquila, porque es dulce hacia todos y no es una carga a nadie: se sirve del amigo por gracia, y de su enemigo para ejercer la paciencia, de todos para practicar la benevolencia y para ser caritativa hacia quienes puede hacer el bien. Por estas virtudes se edifica la casa del alma. Si como es costumbre el ladrón se presenta, él que no viene más que para saquear, matar y perder, si, -dijese el ladrón llega, es decir, cualquier orgullo interior del corazón o cualquier deseo exterior de alabanza humana o cualquier otro azote se esfuerza en devastar esta casa, entonces que la razón irritada como un perro fiel guardando su tesoro, despierte, ladre, muerda y desgarre; que se precipite sobre los enemigos sin excusar a nadie, que no permita a ninguno entrar, que le haga ruido y que incite a aquellos que están en el interior a tomar las armas. De cualquier lado que el vicio busque perjudicar, sea en secreto o en público, que ella lo aleje a fin de que la conciencia permanezca tranquila. Está segura cuando no sufre por ser acusada justamente: sea de tibieza en el bien, sea de presunción en el mal. Es pura y da buen testimonio, cuando no es acusada con razón a causa del pecado y no se deleita injustamente en el presente. Es sin tacha, cuando Dios no le imputa sus faltas; porque no las ha cometido; ni las de los otros porque no las ha aprobado; ni en su negligencia porque no las ha silenciado, ni en su orgullo porque ha perseverado en su humildad.

<sup>29</sup> Ex 18,4.

## CAPÍTULO X

*Hay que preferir a la ciencia el cuidado de la conciencia*

17. Muchos buscan la ciencia: pocos atienden a la conciencia. Si se pusiera tanto celo y afán en buscar la conciencia como se pone en adquirir una ciencia vana y secular, se la encontraría más rápidamente y se la guardaría con más provecho. Porque pensar en la conciencia es un sentir con perfección y aquel que la conserva, estará siempre seguro. Sin faltar el respeto debido a la sabiduría, es más útil recurrir a la conciencia que a la sabiduría, a menos que se trate de esa sabiduría que edifica la conciencia. El alma se comprende a sí misma, cuando es iluminada por la conciencia, el corazón es colmado por la buena conciencia cuando recibe a Dios en él, y cuando por un retorno recíproco, la imagen creada se reencuentra en Dios. La Imagen Creadora en la imagen creada, no es otra cosa que la sabiduría en el alma, la gloria en la conciencia, la santidad en el arca. ¡Oh qué inexplicable es la bondad de Dios que inclina tanta majestad hacia tanta bajeza!. Aquel que nos ha creado es formado en nosotros; y como si fuera poco para nosotros el tener a Dios por Padre, él quiere que nosotros le seamos hermano y madre. *Pues todo el que cumpla la voluntad de Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre*<sup>30</sup>. Hermano por la obediencia, madre por la generación; hermano por la participación en la herencia, madre por la instrucción que se da a los otros. Oh alma bienaventurada, abre tu seno, dilata tus afectos, no te estreches para concebir en tus entrañas a aquel que el mundo entero no puede contener, hasta que la bienaventurada Virgen le conciba por la fe. Porque es concebido por la fe, nace por la predicación de la palabra, es alimentado por la devoción y mantenido por el amor. Que la conciencia sea pues pura, para que Dios haga su morada en nuestro corazón: que le obedezca fielmente para que tan alta majestad no rehuse entrar en lo íntimo de su corazón: que sea devota a fin de agradar sólo a Dios, de aplicarse sólo a él y jamás separarse de él. Tal conciencia regocija el alma, se hace agradable a Dios, respetable a los ángeles y a los hombres, y se encuentra tranquila y apacible a sus propios ojos.

## CAPÍTULO XI

*De las ventajas y frutos de la buena conciencia*

18. La conciencia es la ciencia del corazón; ella se toma en dos sentidos: o es aquella que se conoce por sí misma, o es aquella que conociéndose conoce otras cosas. Porque el corazón se conoce a sí mismo por su conciencia y él conoce muchas otras cosas. Cuando él se conoce, esta ciencia se llama conciencia; cuando además de sí misma conoce otras cosas, este conocimiento toma el nombre de ciencia. La buena conciencia es el sello de la verdadera religión, el templo de Salomón, el campo de bendición, el jardín de las delicias, el repositorio de oro, la alegría de los ángeles, el arca de la alianza, el tesoro del Rey, el palacio de Dios, la morada del Espíritu Santo, el libro firmado y sellado que será abierto el día del juicio. Nada de más agradable que ella, nada de

---

<sup>30</sup> Mt 12,50.

más seguro, nada de más rico. Que el cuerpo oprima, el mundo atraiga, el demonio aterrice, ella siempre estará segura. Estará tranquila cuando el cuerpo muera; tranquila cuando se presente delante de Dios, segura cuando el cuerpo y el alma comparezcan delante del tribunal temible del justo juez. No hay remedio más útil, certeza más cierta sobre felicidad futura que la buena conciencia. Que el mundo alrededor de ella sea arrebatado como por el movimiento de una rueda, que llore, que ría, que pase y perezca, ella no envejece nunca. Que el cuerpo sea sometido al castigo, que sea macerado por los ayunos, destrozado por el látigo, extendido sobre el caballete, traspasado por la espada, clavado en la cruz, ella permanece segura.

19. En el espejo de la conciencia se conoce el estado del hombre exterior e interior. El alma sin espejo no se conoce. El espejo sin tacha, lúcido y puro de toda religión es la buena conciencia. Porque así como la mujer que desea agradar a su esposo o a quien ama, se detiene delante del espejo que reproduce sus rasgos y renueva su belleza y dispone su rostro, lo mismo el alma en su conciencia ve y comprende en qué ella difiere de la imagen de la verdad, y en qué ella lleva los rasgos de la Imagen Creadora. No es sin razón que hemos comparado la conciencia a un espejo: en ella como en un vaso fiel, el ojo de la razón puede claramente percibir lo que hay en su interior de conveniente o menos recto.

## CAPÍTULO XII

### *De la custodia y moderación del corazón necesarias para la buena conciencia*

20. La vida de cada uno sólo se conoce en la conciencia y no se llega a la buena conciencia más que por la custodia ejercida sobre el cuerpo. Abandonado a sí mismo, el corazón se dirige hacia la vida o hacia la muerte. Porque querer pecar es malo, pecar es peor; perseverar en el pecado es muy malo, no querer arrepentirse, es cosa mortal. Todo lo que el corazón piensa que no se refiere a su utilidad o a la del prójimo, debe ser rechazado. De las diversas partes del mundo donde el corazón vagabundo y profundo es retenido o vanamente ocupado, vuelve hacia él, discute en sí mismo y si encuentra una falta en su interior, teme un castigo. Pero, buscando el pecado que no encuentra más que en sí mismo, después de haber encontrado el pecado y la causa del castigo, condenándose, se pone frente a sí mismo y se juzga como un extraño, se acusa a sí mismo, se castiga como culpable ante sí mismo, volviéndose a la piedad, el que es impío, comparezca ante sí mismo y discierna castigos equitativos para condenar sus injusticias. Que se diga: porque tú has abandonado la paz cerca del Señor tu Dios, y has atraído la guerra a ti mismo, tú sufres una división, es por eso que te condenas. Porque has roto el pacto de paz, deseas lo que no quieres y no quieres lo que deberías querer, te condenarás a ti mismo. Tú quieres lo que no debe ser querido y no quieres lo que debería serlo. He aquí que yo te juzgo por tu propia confesión, servidor malvado. Aflígete y ponte contra ti mismo a fin de ver tu ignominia y considerar tu necedad. Es pues así que en sus miserias, el corazón vuelve a sí mismo y comparece delante de sí. Es una cierta violencia que saca partido del corazón y le retiene inconstante y vacío para impedirle caer en el abismo de la perdición. Es esta fuerza valerosa que arrebató el reino de los cielos. *El reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan*.<sup>31</sup> Posee un noble reino aquel que es maestro de su corazón. No reina el hombre que, dominado en su corazón por la esclavitud de

los vicios, preside a las ciudades y a las asambleas de los pueblos. Sólo reina aquel que habiendo sometido el imperio de su corazón regula, según las leyes de la razón todos los movimientos interiores y exteriores. Si la rabia del león se excita, la paciencia lo reprime; si la petulancia del macho cabrío estalla, la abstinencia la calma; si la ferocidad del jabalí hace estragos, la dulzura lo apacigua; si el orgullo del unicornio se levanta, la humildad le abaja.

### CAPÍTULO XIII

*Hay que retener la movilidad del corazón por la consideración de la majestad y de la potencia divina*

21. Entre las artes liberales, no se encuentra el arte principal de retener el corazón, más móvil que las cosas más móviles, más resbaladizo que las más resbaladizas. Inestable por esta movilidad natural, rehusa fijarse en un punto; su vida está en el movimiento y el movimiento en su vida. Este movimiento vital del corazón, por pequeño que él sea, guía la masa pesante de todo el cuerpo del hombre, y ¿por qué arte se le podría retener, para que moviéndose el resto él no se mueva? Puede ser que si se le ata al cuello una piedra pesada, no se moverá más. Lejos de ser así, con este peso, será aún más agitado. He aquí cómo hay que tratar con él: que se dé la vuelta de la tierra y la recorra en todo sentido, a ver si puede encontrar una criatura más ágil y más móvil que él. Si sobre la tierra no encuentra nada que se le asemeje, que recorra también la inmensidad del cielo y que siga a las ruedas de los carros del Señor. ¿Qué hará entonces al lado de aquellos que marchan sobre las alas de los vientos? Puede ser que se pondrá a luchar con ellos, pero, ¿podrá mantenerse y correr con la virtud *que se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera el universo*<sup>32</sup>. Aprenda de aquella de quien se ha dicho: *Porque a todo movimiento supera en movilidad la Sabiduría*<sup>33</sup>. Al menos cuando vea la potencia de su Creador superar su poder con saltos de espacios considerables, que se detenga, que deje caer sus alas, que se vuelva sobre sí mismo por la discreción que le impone esta comparación con Dios y no supere sus propios límites. Así los santos animales de la visión de Ezequiel, cuando la voz resplandecía por encima del firmamento que se extendía sobre sus cabezas, se detenían y dejaban caer sus alas. Eso hacen las almas santas, cuando habiendo recorrido las obras y maravillas del Señor, que resplandecen en los misterios ocultos por encima de las profundidades inteligibles, comprenden que no saben nada y pesan todas sus acciones en el movimiento de la balanza. El corazón comprende entonces que no es él que se mueve, porque por sí mismo quedaría inmóvil si Aquel que da el movimiento a todo no le mueve entre las otras cosas. Conociendo pues que su movimiento es concedido por Dios, que no lo emplee como si fuera un bien propio, sino como cosa prestada. Porque quien tiene una cosa prestada, debe servir según la voluntad del prestador; de otro modo hace un robo a lo prestado.

<sup>31</sup> Mt 11,12.

<sup>32</sup> Sb 8,1.

<sup>33</sup> Sb 7,24

## CAPÍTULO XIV

*De las advertencias divinas por las cuales el corazón del hombre es movido, para usar de las criaturas con precaución y para su recta conducta en lo que le concierne*

22. Cuando Dios te mueve, o quiere moverte, oh corazón del hombre, déjate guiar. De lo contrario, tu no serás movido sino estremecido. Pero ¿cuándo te mueve Dios? Cuando él te advierte. Y él te advierte de esta manera: te ocupas vanamente oh corazón sensato y más excelente que todo, de lo que es vanidad de vanidades. No te conviene estar debajo de todas esas cosas, debes elevarte por encima de ellas. Ellas tienen necesidad de ti, para ser mejores y más ventajosas. Tu no tienes necesidad de ellas ni para la felicidad, ni para la inmortalidad. Tómalas con moderación y ningún exceso, prepara el alimento del viaje al jumento que te lleva. En efecto, los jumentos absorben la comida con exceso y tienen entonces evacuaciones muy fuertes, de modo que lo que han comido les causa malestar. Así, si tu cuerpo, oh príncipe y señor de la carne, si tu cuerpo sobrepasa las reglas de la necesidad y abre la boca del abismo de la concupiscencia, y en el lugar mismo donde debería repararse, se cruza un lazo de perdición, vuelve el remedio en veneno y hace naufragar lo que debía servir de vehículo. ¿Qué resulta de ahí? Lo superfluo reemplaza lo necesario. Suprime lo superfluo y lo necesario no faltará a nadie: porque la excesiva abundancia de unos ocasiona la escasez muy sufrida de otros.

23. Debes corregir las malas acciones: debes disponer con orden toda la multitud doméstica de los miembros de tu cuerpo y de los movimientos de tu alma; asignar a cada uno su oficio, según su competencia. Que en el reino de tu cuerpo no se encuentre ningún sujeto que viole impunemente las leyes y las reglas que tu habrás establecido, ni el ojo, ni la mano, ni el pie, ni el oído, ni la garganta. Pues, ¿qué diría yo de los miembros más nobles que forman la plebe? Si ellos quieren rebelarse aplástalos bajo las piedras e incrépalos con flechas y que aprendan que el rey Salomón está sentado sobre la mula del rey, lo que quiere decir, que la razón domina sobre la sensualidad del cuerpo. ¿Qué pasa si los miembros vergonzosos (que los libros castos y púdicos designan siempre bajo nombres encubiertos), devastan la república por sus movimientos desordenados?. Que sean suprimidos, no por el hierro, sino por el ayuno, no por la operación sangrante sino por la mortificación. *Ojalá*, dice el Apóstol que en cuanto a los agitadores, *que se mutilarán los que os perturban*<sup>34</sup>. Por estas persuasiones el corazón desenfrenado que corriendo se va a los abismos, puede ser retenido y la buena conciencia puede establecerse. Ella es buena si tiene la pureza en el corazón, la verdad en la boca, la rectitud en la conducta. Por estos bienes merecerá ver a la Trinidad. ¡Oh feliz visión!, en la cual Dios será conocido y alcanzado de tal modo que cada uno de nosotros lo verá en cada uno de sus hermanos: le contemplará en sí mismo, en el cielo nuevo, en la tierra nueva y en toda criatura que exista entonces.

## CAPÍTULO XV

*Del libro de la conciencia que hay que enmendar*

<sup>34</sup> Ga 5,12.

24. La conciencia es la viña del Señor, la que debe ser cultivada por la confesión de los pecados y su satisfacción para expiarlos, la práctica de las buenas obras y la vigilancia que se ejerce sobre ellas. Cada uno tenga su conciencia como un libro y sepa que todos los otros han sido inventados para cuestionarla y mejorarla. Cuando salga de su cuerpo, el alma no podrá llevar consigo otro volumen, y ahí conocerá dónde debe ir y lo que debe recibir. Seremos juzgados por lo que estará escrito en nuestros libros: así ellos deben ser escritos según el ejemplar del libro de la vida y si no se encuentran redactados de este modo al menos hay que corregirlos. Comparemos pues, nuestros libros con ese prototipo, y si ofrecen diferencias, que desaparezcan por temor a que cuando se haga la última confrontación, sean rechazados si se encuentran contenidos opuestos. Feliz el hombre que se puede conocer y menospreciar, probar y reprobar. Porque si se desprecia, agrada a Dios, y lo que es vil a sus propios ojos, es querido al Señor. Hay muchas ciencias humanas pero la mejor de todas es aquella por la cual el hombre se conoce a sí mismo. Pondré todas mis miserias delante del Señor, para que su gran compasión lo conmueva. Le confesaré mis pecados a Él, para quien todo está desnudo y al descubierto, a quien no puedo engañar porque es la sabiduría, a quien no puedo evitar, porque está presente en todo.

#### CAPÍTULO XVI

*El hombre deplora delante de Dios sus miserias, la inquietud de su corazón y su propensión al mal*

25. Escucha, oh Dios clemente mi confesión, ten en cuenta tu bondad y trátame según tu misericordia. Observa cuántas veces te expulsa de mi memoria, esta gran cantidad de numerosos pensamientos que afluyen de ordinario en mi corazón, semejantes a la muchedumbre que se precipitan hacia algún espectáculo. Cuando quiero rezar o cantar en el monasterio, no sé que idea necia arrebata mi corazón y le lleva por diversos lugares. Y cuando le llamo, no lo puedo retener, de inmediato se escapa, divaga de un lado a otro y se dispersa en una infinidad de lugares. Así la seducción múltiple de las concupiscencias terrenas y la profusión de las vanidades llenan y enrollan mi espíritu y caigo precisamente en lo que busco evitar. No tengo poder ni dominio sobre mi corazón ni sobre mis pensamientos que se confunden de improviso sobre mi inteligencia y sobre mi alma, y me confunden y arrastran bien lejos del fin que me había propuesto. Las preocupaciones seculares me solicitan, las mundanas me tiran hacia abajo, los placeres me invaden, las seducciones me entretienen; y al mismo tiempo en que me dispongo a elevar mi alma hacia Ti, corrompido por vanos pensamientos caigo por tierra. Cada día quiero alejar de mi corazón el tumulto de estas ideas ruidosas, y no lo puedo conseguir, sino que lo que he visto, escuchado, dicho y hecho vuelve a mi memoria y causa en mi espíritu un gran ruido inoportuno. Pienso lo que hay que pensar, repaso lo pensado y no ceso de rumiar las mismas ideas, no puedo estar sin reflexionar, más bien los pensamientos entran y salen, unos se introducen y expulsan a los otros. Sufro a pesar mío esta revolución; a veces sin embargo consiento cuando sin utilidad y sin discreción vuelvo y dejo errar mi espíritu a través de lo que he visto que he hecho. Así mi alma siempre móvil, nunca estable, vagabundea sin cesar y como ebria se distrae por muchos objetos diferentes. Pero gravemente pecho cuando abandono mi corazón porque es una parte grave la que causa la negligencia. Sufro violencia cuando mi corazón se aleja de mí. Confirma mi corazón, Dios mío porque aún cuando busco permanecer en mí, de alguna manera, se escapa sin saberlo.

Así por la costumbre de pecar también cuando no lo sé pecco, y mi corazón vano es arrastrado a través de infinitos pensamientos y miles deseos lo dividen.

26. En la noche cuando quiero dormir, las imágenes de numerosos objetos y fantasías se presentan a mis ojos cerrados, y las soporto a pesar mío; cuanto más quiero desviarlas de mi espíritu, más se hacen sentir, más manchan mi espíritu por el hastío de los malos pensamientos. De ahí viene que muchas veces me ha perjudicado la delectación mortífera que acostumbra nacer del recuerdo de los pecados pasados y principalmente del recuerdo de la impureza. Y, cuanto más esta peste me es familiar, por encima de los otros vicios, es más peligrosa para mí, y más difícil de expulsarla. Porque cuando la quiero expulsar, se pega, se introduce adentro a pesar de mis esfuerzos, agradablemente onerosa, agradablemente desagradable, desagradablemente agradable. Nunca he podido huir de la pasión de la carne, siempre me persigue y cuando me puede agarrar por el pensamiento de alguna delectación, o por la intención provocada por algo visto, no me concede ningún reposo ni de día ni de noche. Ella entra sutilmente y se apodera del espíritu, y si no es rechazada enseguida, atrae, excita y como un virus pestilente invade poco a poco todo el cuerpo. Multiplica los malos pensamientos, engendra los malos afectos, hace sentir en el alma las delectaciones culpables, inclina a consentir en el mal y corrompe todas las fuerzas del hombre. Este flagelo me tiene encadenado, apenas puedo separarme porque siento que sus lazos son vergonzosos. Verdaderamente, es difícil de extinguir los incendios del placer. Excita a los niños, inflama a los jóvenes, excita a los hombres y fatiga a los ancianos decrepitos. No desdeña las cabañas, ni respeta los palacios. Ojalá que deje libre a los monasterios. Ayúdame Señor Dios mío, para que pueda resistir un vicio tan pestilente y mortal. Sé que quien se esfuerza, resiste y el que triunfa es coronado. Igualmente sé que si mancho mi espíritu con un pensamiento impuro, no puedo agradarte a Ti que eres el autor de la pureza.

## CAPÍTULO XVII

*El hombre continúa acusándose y deplorando sus miserias referentes a los pensamientos amargos, al abuso de los miembros y de las cosas exteriores que se relacionan con su uso en la vida*

27. Crea en mí oh Dios, un corazón puro, porque no solamente el pensamiento vano lo ocupa, sino que lo vergonzoso lo mancha, además aquello que es amargo lo disipa. Porque frecuentemente, indignado por alguna injuria soy oprimido en el corazón. Así inquieto y ciego, busco la ocasión de vengarme por la injuria recibida; multiplico las resoluciones y vuelven a mi alma, las disensiones y disputas que no faltan desde el exterior. No veo quienes están presentes, contradigo a los ausentes, en mi interior profiero y recibo las injurias, y respondo con más dureza que aquella que recibo. Y como nadie me contradice, tranquilizo en mi espíritu todas estas ruinas, considero las insidias que tienden los envidiosos, pienso en todo lo que ellos pueden oponer a mis reproches, busco lo que hay que responder y no encuentro nada sólido, trabajo y me agoto en luchas imaginarias; de día ocioso y de noche ocupado en mis pensamientos. Me abstengo de un trabajo que sería útil porque me fatigo en pensamientos ilícitos. Así combate interiormente mi espíritu, cuando nadie combate contra él. A veces lo que hice en mi cuerpo, vuelve en mi espíritu con un pensamiento inoportuno y soy más movido en el recuerdo que por lo que fue la acción.

Frecuentemente también lo que no he hecho, y lo que no quiero hacer, lo rumio en mi espíritu como si me arrepintiera de no haberlo hecho. Señor, purifícame de mis pecados ocultos, porque aunque no hago nada exteriormente, interiormente peco gravemente. Porque guardo grabadas en mi corazón las cosas que he visto y que he hecho. Así también cuando reposo, no ceso de agitar en mi corazón el tumulto de las ocupaciones temporales. Por el pensamiento, en efecto, estoy comiendo cuando ayuno; hablo cuando me callo; estoy irritado y a la vez tranquilo, mi cuerpo está en calma pero mi espíritu corre a derecha y a izquierda.

28. De esta manera, no he podido pasar nunca esta vida sin pecado. Lo poco que he vivido con alguna alabanza, no es sin tacha, si la considero descartando tu clemencia. Señor, líbrame de mis necesidades, porque frecuentemente cuando quiero satisfacerlas, sirvo al vicio de la voluntad, bajo pretexto de necesidad caigo en la trampa del placer. Muy a menudo, en efecto, he comido y he bebido no para obedecer a la necesidad, sino por delectación, y lo que era suficiente para responder a la necesidad era poco para el placer. He pensado también en el comer y beber cuando no debía, dónde no debía y más de lo que debía. Pensando en la comida, la voy rumiando a lo largo de todo el día. Cuando busco las vestimentas para cubrir mi cuerpo, reclamo no sólo lo que puede abrigar mis miembros, sino más bien lo que es más bello; y contra el frío, quiero no sólo lo que me asegura el abrigo, sino lo que es suave al tacto y no sólo lo que es suave, sino lo que atraiga a los ojos por el color. Cuando por alguna necesidad he tenido el permiso de hablar con alguien, he conversado no sólo de las cosas necesarias, sino de aquellas que no lo eran y no me concernían y de las cuales no había recibido autorización. Me he sumergido en los coloquios con los hombres. Entonces he hablado no para edificación, sino para la destrucción; he dicho no lo que convenía sino lo que me agradaba; he proferido palabras ociosas e inútiles, me he reído sin necesidad. Librándome a la locuacidad, dándome a la distracción, he manchado mi lengua por la mentira y la difamación. Mi boca está llena de todo engaño y es más perjudicial que todos los otros miembros. Porque lo que escucho o veo nunca lo puedo relatar exactamente, afirmo una cosa por otra, y a menudo movido por lo superfluo casi miento cada vez que hablo o alabando mucho o vituperando.

29. Mi garganta arde por una insaciable avidez: muchos sabores no le pueden contentar. Nunca he podido por una pura confesión purificar mi corazón perverso, lleno de malicia y astucia. Mis manos están siempre listas para el mal y perezosas para el bien. Distendidos por una comida abundante, mi estómago y mis intestinos tienen múltiples dolores. Porque lo que deleita la boca, hincha las entrañas, debilita el cuerpo y conduce frecuentemente a la muerte. Por las delicias de la boca, he caído en la avidez del vientre y lo que debía cultivar mi santidad, ha logrado el perjudicial hábito de comer con exceso. Mis pies me han llevado más rápidamente hacia algún espectáculo curioso que a la Iglesia. Mis ojos me han pervertido por miradas malas y han arrastrado hacia deseos inmundos toda la actividad de mi cuerpo. He abierto mis oídos, más bien a las palabras vanas y ociosas que a las santas. Mi olfato se deleita en las fragancias inútiles, mi gusto en los diversos sabores de los diferentes platos y cada uno de mis sentidos se deleitan donde los lleva mi apetito. Así oh Dios mío, en todos mis miembros sobresale el movimiento natural. Como ellos habían formado una conspiración, me han librado al poder del enemigo, han hecho alianza con la muerte y pacto con el infierno.

## CAPÍTULO XVIII

*Sigue la acusación de sus propias iniquidades sobre todo del pecado de envidia, de odio y de jactancia*

30. Arráncame, Señor, de las manos del hombre malo, es decir de mí mismo, no me puedo alejar de él. Porque donde me encuentro mis vicios me siguen, donde voy, mi conciencia no me deja, ella está presente, y todo lo que hago, lo escribe. Porque si bien huyo de las apreciaciones humanas, no puedo escapar del juicio de mi propia conciencia. Y si oculto a los otros lo que hago, no lo puedo hacer a mí mismo (que conozco el mal que he cometido). La conciencia de mi culpabilidad no me deja reposo, sino que de día en día me atormenta violentamente y me espanta con más fuerza el pensamiento del juicio. Porque en ese día, cuando el Señor vendrá para el juicio, la conciencia de cada uno será llamada para declarar, y el libro que ha escrito estará abierto; todas las faltas cometidas serán puestas delante de los ojos: y así bajo el impulso de la conciencia cada uno será su acusador y juez. Por esto compareceré y me juzgaré ante mí mismo, a fin de poder evitar el juicio del último día temible y pavoroso. Mi conciencia me condena, si bien el juicio de Dios no me condena. Ella me acusa de homicida, si bien no lo he realizado de hecho, por la voluntad y por el deseo, me ha frecuentemente manchado. Me acusa de adúltero y respondo de la misma manera. Me acusa de envidia y confieso que este vicio a menudo ha destrozado mi corazón. Por la envidia, he hecho de los méritos de quienes vivían santamente, mis propios pecados. Porque el bien que escuchaba hacer o decir no lo creía completamente, lo que estaba bien hecho, lo alteraba por mis interpretaciones malignas. Todo el mal que daba de ellos un renombre mentiroso, lo creía enseguida, como si lo hubiera visto. Atribuía a mis competidores toda especie de mal y encontraba materia para pecar en los progresos que ellos hacían. Estos sentimientos odiosos, los ocultaba en el fondo de mi corazón y los nutría al ser atormentado. Sentía envidia de quienes progresaban, favorecía a aquellos que pecaban, me regocijaba de sus faltas y me lamentaba a causa de su progreso.

31. Ardía contra aquellos que eran gratuitamente mis enemigos y temía que hubieran percibido esta malicia de mi corazón. Siempre me he mostrado amargo, nunca he sido un apoyo seguro, y por ahí he sido amigo del demonio y hasta mi propio enemigo. He sembrado la discordia entre las almas, he confirmado en sus desavenencias a quienes estaban divididos, he alterado con mentiras sus opiniones, en las cosas espirituales he alabado lo que era carnal, para persuadir que los bienes espirituales carecían de valor. He mostrado apariencia de amistad para engañar, tanto como era posible, a quienes se confiaban imprudentemente de mí. Por mis sospechas malvadas, he acumulado ocasiones de odio para mí, y así he alegrado a los demonios de los cuales imitaba su rol. Para muchos, he sido amigo por los servicios que prestaba, enemigo en el alma, rebuscado en mis conversaciones, y objeto de vergüenza por las acciones. He traicionado los secretos, fui tenaz en las sospechas malas y siempre perverso. Y así *el enemigo ha perseguido mi alma, y ha estrellado mi vida contra el suelo*<sup>35</sup>. Señor clementísimo, cómo puedo ser bueno, yo que he sido malvado en el bien. Yo pecaba y tu guardabas silencio, prolongaba por mucho tiempo mi iniquidad y tu bondad permanecía para mí: porque tenías pensamientos de penitencia y misericordia. Concede misericordia a este malhechor, tu que le habías perdonado tantas veces

de criminal. Porque creo que todo lo que has determinado perdonarme será como si nunca hubiera existido.

32. No solamente la envidia ha afligido mi corazón, más todavía la vanidad ha envuelto mi lánguida alma con diversas delectaciones. Porque, por vanidad, me he vanagloriado mucho de las obras de las cuales ni conciencia tenía. He intentado así enseñar lo que no sabía, y quería que se pensaran de mí cosas sublimes. Prefería las cosas agradables a las fuertes, detestaba en palabras lo que deseaba en el pensamiento, daba a mis vicios el título de virtudes y así me engañaba y engañaba a quienes me favorecían. He sido veloz para hacer bellas promesas y mentiroso en cumplirlas; inconstante en el bien, constante en el mal, grave en las palabras, vil en los pensamientos, siempre engañoso; alegre en la prosperidad, débil en la adversidad, hinchado ante las alabanzas, inquieto frente a los oprobios, inmoderado en la alegría, fácil en dejarme llevar por las debilidades humanas, apenado en la dificultad para el bien. Oh Señor misericordioso, así mis días han transcurrido en la vanidad, estos días que hubiera debido emplear en llorar la iniquidad que he cometido, en excitar mi voluntad desanimada, en suspirar por la herencia perdida, en desear la felicidad que me ha sido prometida, para apresurarme así en llegar al lugar donde compartiré la sociedad de los ángeles, y a obtener el perdón de tu majestad.

## CAPÍTULO XIX

### *El corazón gime y deplora delante de Dios sus miserias y vicios*

33. Toda mi vida me espanta, oh mi Señor, porque cuidadosamente examinada aparece como que peca o es estéril, y si muestra algún fruto, ese fruto es cosa fingida o imperfecta o de alguna manera corrompida, de tal suerte que no puede agradarte o más aún puede disgustarte. Y si esto es verdad, por la impresión que siento es como si fuera de otro modo, lo que es el colmo de la miseria. En esta ilusión, como, bebo y duermo seguro como si hubiese pasado ya el día de la muerte y como si hubiera escapado a los rigores del juicio y a los tormentos del infierno. Yo río y me doy absolutamente a la alegría como si ya estuviera contigo en el reino. Así, temiendo la multitud de mis iniquidades, me confío a tu bondad, me confieso ante Ti que eres mi Creador y Redentor; a Ti que has prometido concederme indulgencia y perdón después del crimen, cuando haya hecho una confesión sincera y plena de lágrimas. Confieso que he vivido pecador todo el tiempo de mi vida hasta hoy. No encuentro ninguna falta de la cual no estoy manchado de alguna manera. Porque por el orgullo he transgredido tus órdenes y las de mis ancianos. No he observado el silencio y la taciturnidad como lo pide la Regla. He poseído, dado y recibido cosas que no tenía permiso de poseer. No he escuchado con gusto o con compasión los gritos de los pobres y de los miserables, ni los he visitado en sus necesidades. He adherido a las palabras de quienes me aconsejaban mal. Pienso más fácilmente en muchas de las cosas de aquí abajo que en una sola del cielo. Reprendo más fácilmente los vicios de los otros que los míos; no me sonrojo de hacer lo que censuro en los demás. Miro más bien los vicios que las virtudes de los otros. Viendo las faltas del prójimo no considero las mías. Soy indulgente para con mis faltas, pero severo para aquellas

---

<sup>35</sup> Sal 142,3.

de mis hermanos. Para causar confusión a los otros soy fuerte, para soportarla soy débil; lento para obedecer, inoportuno para fatigar a los otros, adormecido para lo que debo y puedo hacer, listo para lo que no debo y no puedo cumplir. Es así que por la sucesión de mis pecados, mi alma está llena de maldad.

34. Me encuentro aún peor en la Iglesia: frente a los altares no rezo con devoción, ni tomo con respeto los vasos sagrados; con el cuerpo estoy en el coro y con el espíritu ocupado en cualquier otra cosa. A veces permanezco dentro, otras voy fuera, ¡tan grande es mi ligereza de cuerpo y espíritu! Canto una cosa, pienso en otra. Pronuncio las palabras de la Salmodia y no presto atención al sentido que contienen: distraído de espíritu, poco recogido, los ojos atónitos mirando de un lado y otro, todo lo que pasa lo examino y lo veo. Desdichado de mí porque pecho ahí donde debo corregir mis pecados. A veces en lo que hago bien, me acerco a lo peor, porque lo que produce la alegría en mi alma y le procura una cierta seguridad, relaja mi espíritu en una especie de torpeza. Frecuentemente también me he alabado por las obras realizadas y he querido que los otros me alabasen. Muy frecuentemente los elogios de los demás que no buscaba pero que llegaban, me han agradado y cuando mi corazón se exaltaba imprudentemente, el recuerdo de otras cosas que he hecho, se presentaba de repente y aumentaba mi orgullo. Reuniéndose hábilmente todos estos pensamientos y disponiéndolos juntos, engañado me engrandecí más y más. Y cuando me detenía a admirarme a mí mismo, atribuyéndome la gloria en vez de darla a Dios de quien he recibido todas las cosas, perdí el fruto y aprendí por esta experiencia que quienes me alababan jurarían verdaderamente contra mí mismo. Más uno se glorifica a sí mismo, más en efecto se aleja del amor de Dios.

35. Es así, ¡oh Señor mío!, que mi vida se ha aproximado al infierno. Si me libras deberé darte gracias, si no me libras no tendré razón para censurar, porque eres justo. ¡Ay! ¡qué vida, cuánto mal he hecho, cuánto mal he dicho!. Tengo vergüenza de haber tenido una conducta semejante y de haber nacido. Desearía mejor no existir que encontrarme en este estado. Era bueno y me volví malo: es justo que sea siempre desdichado, puesto que me hice miserable. Mi conciencia merece condenación: mi penitencia no es suficiente para satisfacer. Pero es cierto que tu misericordia destruye toda ofensa. Destruye, Señor lleno de clemencia, destruye mi iniquidad por la multitud de tu bondad. Y si hasta hoy he vivido sin razón, en adelante no quiero que sea más así.

36. Pero, ¡ay! desdichado, confieso esto frecuentemente; tantas veces he caído y tantas otras veces he tratado de levantarme. He prometido corregirme, nunca he cumplido la palabra y siempre vuelvo a mi iniquidad, a las faltas precedentes, añadiendo nuevas y peores aún. Nunca he mejorado mi conducta, como era un deber para mí, no he corregido los defectos. Y además, perdiéndome, he hecho pecar a numerosas personas y he sido la causa de su mal. Algunos han sido perjudicados en su alma por los ejemplos de mi vida. He aquí mis pecados, oh Dios lleno de misericordia, no los oculto, los muestro, me acuso, no los excuso, porque conozco mi iniquidad. No soy justo por esto: porque si otro me acusara en vez de acusarme yo mismo, no lo podría soportar con paciencia. Seguramente, hubiera podido caer en la desesperación a causa de tantos pecados y vicios, culpas y negligencias incalculables que he cometido y en las cuales cada día no ceso de caer, pecando de corazón, con la boca, y de obra y de todas las otras maneras

de las cuales se hace culpable la fragilidad humana, si tu Verbo, ¡oh Dios! no se hubiera hecho carne y habitado entre nosotros. Pero no me atrevo a desesperar porque tu divino Hijo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz ha sacado la cédula de condenación levantada contra nosotros a causa de nuestras iniquidades, clavándola en la cruz con el pecado y la muerte. Doy gracias, oh Señor mi Dios, que me has visitado y mostrado mis crímenes. Ahora, en primer lugar bajo tu inspiración, he aprendido a volver a mi corazón y a conocerme a mí mismo. Llamaré a alguno de tus amigos y le expondré todas mis iniquidades, tal como me has ordenado, a fin de que por sus consejos y sus ayudas, pueda ser liberado de todas mis faltas y reconciliado contigo.

## CAPÍTULO XX

### *Confesión ante el Superior*

37. Escucha por lo tanto, Padre mío, a este miserable pecador, comprende la voz de este desdichado que llora y se arrepiente, considera cuanto he pecado gravemente y cuán gravemente he ofendido a mi Creador. Bajo la orden de Dios, he entrado en mi corazón y después de haber expulsado todo, excepto al Señor y yo, he examinado con cuidado y en detalles, y para decir la verdad, me he encontrado en un lugar de horror y vasta soledad: es decir una conciencia durante mucho tiempo negligente, cubierta de zarzas y de espinas y llena de toda clase de inmundicias. No percibo ningún vicio del cual no he sentido los ataques. La cólera me ha agitado, la envidia me ha lacerado, el orgullo me ha hinchado. De ahí vienen la inconstancia del espíritu, las chocarrerías, los oprobios a los demás, las perversidades de la detracción, las libertades de la lengua. No he guardado las órdenes de los ancianos, les he criticado; reprendido por mis negligencias, o bien me he rebelado, o bien he murmurado; he buscado con descaro ser preferido a quienes eran mejores que yo; he vuelto en burla la simplicidad de mis hermanos en religión; he pronunciado mis sentencias con arrogancia; he despreciado las consideraciones que me hacían, las he buscado cuando no me las ofrecían. He despreciado a quienes eran más jóvenes que yo por soberbia. No he observado el respeto en mi sumisión, la modestia en mi lenguaje, la moderación en mi conducta. He tenido tenacidad en mi voluntad, dureza en mi corazón, jactancia en mi conversación. He sido engañoso en la humildad, obstinado en el rencor, mordaz en mis bromas. Impaciente en la sumisión, ávido de poder, perezoso para el bien, rudo para someterme a la unidad, rígido para la obediencia, listo para hablar de lo que no sabía, rápido para suplantar a los otros e inhumano en la sociedad de mis hermanos. Temerario para juzgar, gritón para hablar, fastidioso para escuchar, presuntuoso para enseñar, desenfrenado hasta la indecencia en mis bromas: oneroso a mis amigos, inoportuno para quienes estaban en reposo, ingrato para mis bienhechores, engreído por los halagos y altanero a la mirada de los inferiores. Me he ensalzado de haber hecho cosas que no había hecho, de haber visto lo que no había visto, de haber dicho lo que no había dicho. He disimulado también el no haber hecho lo que había hecho; he negado haber dicho lo que había dicho; he asegurado no haber visto y escuchado lo que había visto y escuchado y así soy culpable por todas partes. Culpable en el siglo, culpable en el claustro: pero entonces por ignorancia y aquí por negligencia y este doble espectáculo me llena de espanto y terror.

38. Sin embargo, lo que me asusta aún más, es que en el monasterio me encuentre peor en presencia del Señor. Dios me ha puesto en un lugar de delicias, en la casa de la abundancia, en el paraíso de las delicias: y yo desgraciado y miserable, en medio de las mesas de quienes toman su comida, muero de hambre, tengo sed al borde de la fuente, tengo frío delante del fuego; y no quiero extender las manos a ningún lado, tan perezoso y negligente soy. Así pierdo el tiempo que Dios, en su bondad, me ha concedido para hacer penitencia, para obtener el perdón, para adquirir la gracia, para merecer la gloria. Soy casi un monstruo, entre los hijos de Dios; llevo el hábito de monje, pero no tengo la conducta propia del monje. Creo que todo es salvación para mí por mi gran corona y mi amplia cogulla. Como un árbol estéril, ocupo la tierra y como un vil animal, gasto más de lo que aprovecho. Tengo un lugar más elevado que otro y no desempeño el oficio de nadie, y soy como un tronco sin hojas y sin frutos. Los otros me alimentan del fruto del trabajo de sus manos como a su prebendado (alguien a quien se dan ofrendas), como un pobre, como un desdichado, no llevo la vida de un clérigo, ni aquella de un laico. No puedo cantar ni leer, no sé trabajar: soy el oprobio de los hombres, más vil que los animales, peor que un cadáver. Es más tolerable a los hombres el olor de un perro muerto que lo que causa a Dios el alma pecadora. Así, me hastío de vivir, me sonrojo de existir, porque progreso poco. Temo morir porque no estoy preparado, sin embargo, prefiero morir y confiarme a la misericordia de Dios *porque él es clemente y compasivo*<sup>36</sup> que causar escándalo a alguien por mi mala conducta. *Tengo siempre delante mi deshonor y la vergüenza me cubre la cara*<sup>37</sup>; cuando me veo soñoliento en las vigiliias, lento para entregarme a las horas canónicas y perezoso para el trabajo de las manos. A unos los veo asistir con tanto coraje y fervor a las alabanzas de Dios, los otros mantenerse delante de Dios con tanto respeto y regocijo y alabarlo, en cambio yo no puedo compungirme hasta las lágrimas, tan grande es la dureza de mi corazón. No me gusta cantar, la oración no me agrada, no encuentro meditaciones santas, tan grande es la esterilidad de mi alma, tan considerable la escasez de devoción con la cual soy afligido.

39. ¡Qué infortunado soy! A todos los que me rodean el Señor los visita, pero no se acerca a mí. A uno lo veo con una abstinencia singular, a otro con una paciencia admirable, a otro con una humildad profunda y una gran dulzura, a otro con una insigne misericordia y bondad, aquel con frecuentes éxtasis en sus contemplaciones; éste por la fuerza de sus oraciones golpea y penetra los cielos; los otros excelentes en las demás virtudes. Les miro a todos y les veo a todos fervientes y devotos, todos unidos perfectamente en Cristo Jesús, todos inundados de los dones celestiales de la gracia, como los hombres verdaderamente espirituales que Dios visita y en quienes reside; en cambio yo no encuentro nada parecido, porque en su ira el Señor se ha alejado de su servidor. De ahí viene que cuando los otros velan yo duermo, cuando ellos cantan en el monasterio, divago de un lado al otro, cuando ellos se sustraen en un lugar oculto de los coloquios de los hombres, para entretenerse con el rey de los ángeles, yo busco de conversar con los demás; cuando ellos se aplican a la lectura, yo me entrego a las conversaciones vanas y ociosas; cuando ellos se examinan y se juzgan a sí mismos, yo juzgo a los otros. La vida común, la disciplina general y el estudio realizado juntos agradan a los demás, yo amo los lugares y caminos alejados. Así, desde que he podido pecar, nunca he cesado de cometer pecados y de hacer malas obras. Sin tregua he acumulado pecado sobre pecado y las faltas que no he podido cometer por acciones,

<sup>36</sup> J1 2,13.

<sup>37</sup> Sal 43,16.

no he cesado de cometerlas por mis malos deseos y mi voluntad culpable.

40. Pero por encima de todo, la delectación de la carne que ha crecido conmigo desde la cuna, está siempre adherida a mí y aún no me deja, aunque mis miembros comienzan a sentir la debilidad de la vejez, de muchas y diversas maneras ha manchado, cautivado y afligido mi alma infortunada haciéndola débil y sin vigor, después de haberla despojado de toda virtud. Me confieso que frecuentemente soy movido y enardecido por los recuerdos impuros de esta conducta criminal, experimento los ardores violentos y deshonestos y no solamente los tristes recuerdos y los muchos pensamientos de las delectaciones que he sentido me han sido nocivas, he recibido también daño de las faltas que me han contado de los otros, faltas que evocan en mi memoria sucios recuerdos, han manchado mi corazón con el gran veneno de su iniquidad. Y en eso soy tristemente miserable porque no tengo tanta tristeza como debería sufrir, permanezco seguro en mi torpeza, como si no supiera lo que padezco interiormente.

41. Lo que supera para mí todo infortunio, es que perverso de este modo en mi conducta, manchado en mis labios, impuro en mi corazón, me acerco al altar y no temo de tocar el Cuerpo de Cristo con mis manos culpables. Orgullosa, voy a Aquel que es humilde, colérico a Aquel que es dulce, cruel al que es misericordioso y no obstante, Aquel que es humilde soporta al orgulloso, Aquel que es dulce soporta al vehemente y el misericordioso acoge al violento. Servidor me acerco al Señor, movido no por el amor sino por el temor, no por la devoción sino por la rutina. Voy al Señor del cual he herido al servidor, al Padre, del cual he matado al hijo, y habiéndole herido por la palabra, habiéndole matado por el ejemplo, no temo todavía al Señor, no respeto al Padre. Permaneciendo en medio de mis hermanos, y turbado por alguno de entre ellos, a veces me acerco a quien es pacífico. En este estado, me presento para recibir el beso de la paz, yo que hubiera debido previamente, ir a recibir el beso de reconciliación del hermano a quien he causado pena. Mi iniquidad me convence de ser culpable y de ser enemigo del Señor, y frecuentemente mi pecado me separa de Dios. Por esto te conjuro Padre de instruirme y de enseñarme cómo puedo quedar siempre con mi Dios, o volver a Él, cuando a causa de mis faltas sea separado de Él.

## CAPÍTULO XXI

### *Respuesta e instrucción del Padre espiritual a su penitente*

42. Hijo mío, tu confesión me ha arrancado las lágrimas, sea a causa de mí, sea a causa de ti. Lloro por mí, porque todo lo que tu me has dicho lo encuentro más o menos en mí y me has hecho recordar bien las faltas que había olvidado. Me alegro a causa de ti, porque el Oriente, desde lo alto te ha visitado. Tú no estás lejos, en efecto, del reino de Dios. El conocimiento de tu pecado, es el comienzo de la salvación. Ten confianza en el Señor, porque la humildad de tu confesión sincera suplirá a lo que falta en ti de fervor y buenas obras. *En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá<sup>38</sup>, porque Dios no desprecia un corazón contrito y humillado<sup>39</sup>.* En efecto, le parece a Dios que el pecador tarda más en aceptar el perdón que Él en acordarlo. Así, Él se apresura en su misericordia, de liberar del tormento que le hace sufrir en su conciencia como si la compasión respecto del miserable le tocara más que lo que la propia miseria

turba al mismo culpable. Porque quien se arrepiente verdaderamente y siente un sincero arrepentimiento, sin ninguna duda, como sin demora, recibirá indulgencia. Y más frecuentemente y más fuertemente experimenta el dolor en el fondo del alma a causa de su pecado, más puede estar cierto y seguro de recibir el perdón. De aquí viene que el Espíritu Paráclito consuela con tanto agrado y continuamente el corazón afligido por las lágrimas de la penitencia. Le visita a menudo, le fortifica con felicidad, le restablece con sentimientos de una confianza perfecta, cuando le ve reprobado sus crímenes llorando, y lamentarse en las condenaciones. Se establece desde entonces una cierta familiaridad entre Dios y el alma, ésta experimenta más a menudo la alegría de las visitas de su Señor, y la llegada de su buen maestro, no solamente le consuela, sino que además algunas veces le colma de una cierta alegría inexpressable.

43. Pero, ¿quién puede recibir estas consolaciones? Seguramente el verdadero penitente. Porque todos los pecados son lavados en la confesión: la conciencia es purificada, la amargura quitada, la iniquidad expulsada, vuelve la tranquilidad, la esperanza renace y el espíritu encuentra su alegría. Después de haber recibido el bautismo, nosotros no tenemos otro remedio que el refugio de la confesión. Que la compunción del corazón sea devota, la confesión de la boca sincera, la mortificación de la carne discreta, la extirpación de los vicios pronta, la práctica de las buenas obras alegre. No te sonrojes de confesar a Dios, a los ojos de quien no puedes ocultarte. Él mismo conoce los secretos de los corazones, todo es desnudo y descubierto a sus miradas, todos nuestros pecados están escritos en su presencia. Pero lo que la transgresión escribe de un lado, la confesión destruye del otro. No tengas vergüenza de decir lo que no tienes vergüenza de hacer. Si enrojeces para decir a otro pecador las faltas que has cometido, ¿qué harás en el juicio cuando tu conciencia será mostrada a todos los hombres? Si tu fueras obligado de atravesar desnudo una gran multitud, no podrás impedir de enrojecerte, ¿por qué te confundes menos cuando un pensamiento inmundo mancha tu espíritu? ¿Por qué enrojeces menos de la falta de pudor del corazón que aquella del cuerpo? ¿Por qué temes más la mirada de los hombres que la mirada de los ángeles? Tal confusión separa de Dios. Toda esperanza del perdón y de la misericordia reside en una confesión sincera. En efecto, la confesión fingida, es una doble confusión. Ocultar la miseria es alejar la misericordia de Dios. Dónde la presunción afecta la dignidad, la anula. La humilde confesión de su mal excita la compasión. Ninguna falta hay tan grave que no obtenga su perdón por una confesión sincera. Manifiesta de inmediato los vicios de tu corazón y tus malos pensamientos. Porque el pecado revelado es pronto sanado, el crimen que se calla se aumenta. El vicio descubierto se hace pequeño de grande que era; si se oculta de pequeño que era, toma dimensiones considerables. Porque una rápida confesión aplica un remedio oportuno. Y es mejor evitar el vicio que enmendarlo, pues quizás, habiendo incurrido en él, no puedas ya alejarlo.

#### CAPÍTULO XXII

*Sugerencia de remedios eficaces contra los malos pensamientos: el recuerdo de la pasión de Cristo y la consideración del fin último*

44. Cada vez que te sientes atacado de pensamientos vergonzosos y atraído hacia delectaciones ilícitas, pon delante de tus ojos a Jesucristo crucificado por ti. Considera como

<sup>38</sup> Ez 18,21.

<sup>39</sup> Sal 50,19.

Judas le entregó a los Judíos, con qué desprecio fue tratado, blasfemado y burlado, juzgado y condenado, despojado y flagelado y en fin, colmado de oprobios e insultos, crucificado entre dos malhechores, atado al madero de su suplicio por los clavos, cubierto de salivazos, coronado de espinas y atravesado por el hierro de una lanza. De todas partes su sangre emanaba, e inclinando la cabeza, entregó su espíritu. Así tu Redentor ha muerto por ti, y tú dejas manchar tu alma por cualquier sórdida idea. Esta sola consideración bastará para excluir todos los pensamientos prohibidos. Pero pasemos a otras.

45. Considera de qué modo tu morirás, cuando atormentado por una grave enfermedad, llegado el fin, derrumbado por tierra, en medio de largos suspiros y en penosas bocanadas, entre los dolores y los gritos de todo tipo, exhalarás tu último suspiro. Tu cuerpo entonces será pálido y horrible, la gravedad y la corrupción se apoderarán de él y serás gusano y comida de los gusanos. Estos espectros espantosos que esperan el pasaje de tu alma, se aprovecharán de ella y la arrastrarán; de todos lados los demonios terribles y horrorosos la aterrarán de espanto. Piensa tu: ¿quién la defenderá de esas bestias rugientes, listas a devorarla, quién la consolará cuando vea que esos monstruos infernales se precipitan en multitud sobre ella; o quién la conducirá por las regiones desconocidas hacia donde va? Considera también con qué rapidez llegará el último día, llega súbitamente y puede ser hoy mismo. He aquí: ya tú te presentarás delante del juez temible; serás acusado de crímenes numerosos y considerables; no de uno solo, ni de pocos, son innumerables; no son mediocres, son muy grandes; no son dudosos, sino muy ciertos; no es una corta acusación que los indica, es un largo requisitorio, un catálogo extendido a lo largo de toda tu vida; no es un solo acusador que te ataca, tienes tantos perseguidores como tus delitos. El juez severo te acusará. Todos los espíritus buenos y malos se levantarán contra ti ante Dios. Los buenos porque ellos deben practicar la justicia respecto de Dios; los malos, porque ellos conservan tu iniquidad. Tendrás presente a tantos jueces y pueblos como personas hay que te han precedido en el camino de las buenas obras. Estarás perplejo por tantas críticas de personas que te han sido modelo por su santa conducta. Serás convencido por tantos testimonios de personas que te han advertido por sus buenas palabras y sus buenas acciones. A todos los pueblos serán descubiertas tus iniquidades y a todos los hombres serán reveladas las transgresiones que has cometido no solamente por acciones, sino también por pensamientos y por las palabras.

46. En ese instante fatal, tus numerosos pecados que no ves en el presente, surgirán como de improviso y se precipitarán como de una emboscada, y puede ser que surgirán más numerosos y más terribles que aquellos que ves actualmente. De todas partes estarás en la angustia. De un lado las faltas te acusarán, del otro, la justicia aterradora: bajo tus pies la horrible boca muy abierta del infierno, encima de tu cabeza, el juez irritado, dentro la conciencia que quema, afuera el mundo que te consumirá. Si el justo escapa y apenas se salva, ¿en qué dirección el pecador se apresurará? Ocultarse será imposible; mostrarse será insoportable. En un gran peligro, tu conciencia, teniendo el sentimiento del mal que ha cometido, te atormentará; los secretos de tu corazón te harán sufrir. Esta conciencia tuya será tu propio acusador y juez. Convencido por tu propio testimonio y por los ojos del mismo juez que habrá visto todo, no podrás huir, sino que temblando e inquieto serás suspendido, esperando la gravísima sentencia, en la angustia de este riesgo y de este peligro, como al momento de recibir de inmediato, lo que no podrás nunca más abandonar ni perder. El juez estará entonces muy irritado y horriblemente severo, una vez dada la sentencia

será inmutable: los horribles verdugos en el corazón de quienes la compasión no penetra jamás, estarán listos para arrastrarte a los tormentos, tan pronto como la sentencia sea pronunciada. Esos tormentos serán sin interrupción y sin ser suavizados: el terror espantará cuando la tierra se abrirá ante ti y serás derrumbado y caerás en el estanque del azufre ardiente y pestilente. El fuego calcinará exteriormente tu cuerpo; el gusano roerá interiormente tu conciencia; ahí tu quedarás sin fin y sin esperanza de perdón y misericordia. Y lo que sobrepasará todos los suplicios del infierno, será no ver a Dios y ser privado de los bienes que estaba en tu poder obtener.

47. Si tú quieres expulsar de tu corazón todos los malos pensamientos, ten a menudo estas reflexiones presentes en tu espíritu. Porque allí donde está tu pensamiento está tu afecto, donde se encuentra tu deseo, está tu corazón, porque nosotros volvemos más frecuentemente con nuestras ideas, sobre lo que amamos más. Cada uno se mantiene en pie o cae en su pensamiento. Si piensas bien, tu pensamiento santo te conserva. Si piensas mal, *el Espíritu Santo que nos educa huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios*,<sup>40</sup> y el templo de Dios será la caverna del demonio porque el diablo se apodera de quien Dios abandona. El Espíritu Santo sugiere pensamientos dulces y buenos; el espíritu malo, de amargura, de vanidad, inútiles e inmundos. Por esto en el momento que un pensamiento dañino toca tu corazón no le des consentimiento, ni permitas que permanezca en tu corazón, sino recházalo de inmediato. En efecto, resiste al comienzo de un pensamiento malo y huirá de ti. Porque a los ojos del Señor, nuestros pensamientos no quedan en el vacío, y ningún minuto del tiempo de nuestra vida transcurre sin merecer alguna recompensa. El mal pensamiento ocasiona la delectación; la delectación provoca el consentimiento, y el consentimiento la acción; la acción la costumbre; la costumbre la necesidad, la necesidad la muerte. Como la víbora muere por los pequeños llevados en su vientre, así nuestros pensamientos cultivados en nuestro espíritu provocan la muerte. Compete al demonio infundirnos malos pensamientos y está en nuestro poder rechazarlos de inmediato. Si ellos se estancan en nuestro espíritu, esa permanencia resulta de nuestra voluntad y se nos atribuye a nuestra propia falta. Y aquel que se mantiene en pie es por la voluntad de Dios. Sin embargo, el pensamiento inmundo no mancha el espíritu cuando lo excita sino solamente cuando le subyuga por la delectación. Aquel que cae, cae por su voluntad.

### CAPÍTULO XXIII

*De los daños que causa el pecado de soberbia, de envidia y de detracción*

48. Lo mismo que la soberbia es la causa de todos los crímenes, es también la ruina de todas las virtudes. El primero en el pecado y el último en la lucha. Al principio hace caer al alma por el pecado, o bien al final la hace caer del estado de virtud. Así es el peor de todos los pecados, sea por relación con las virtudes, sea con relación a los vicios, arruina el alma de los hombres. Los otros vicios no atacan más que a las virtudes a las cuales son opuestos y que destruyen: así la lujuria es enemiga de la castidad, la cólera de la paciencia: sólo la soberbia se levanta contra todas las virtudes del espíritu, y como un mal general y pestilente las corrompe a todas. Así, si la humildad no precede, no acompaña y no sigue todas nuestras acciones: si ella no está ubicada

<sup>40</sup> Sb 1,5.

adelante para que la veamos a nuestro lado, para que nos unamos a ella, entre nosotros y en lo que nos rodea para conservarla, la soberbia nos arrancará todo de la mano. Cualquiera sea la santidad de la obra, es nula ante el juez interior, si la hinchazón del espíritu se levanta. Todo lo que se hace perece, si la humildad no lo guarda con cuidado. He aquí los signos de la soberbia: clamor en las palabras, amargura en el silencio, disolución en la alegría, furor en la tristeza, honestidad en la apariencia, deshonestidad en la conducta, rencor en la corrección.

49. La envidia es la polilla del alma. Devora el sentido, quema el pecho e infecta el espíritu; como una peste, ella roe el corazón del hombre y consume todas las buenas acciones en su ardor infectado. Quien envidia el bien que otro hace, comete un pecado para sí mismo. Cuando veamos algunos pecadores, no les juzguemos fácilmente, más bien lloremos porque hemos caído o podemos caer en la misma falta. Si quieres corregir a un culpable, incrépalo abiertamente, pero no seas incisivo con él en tu interior. ¿De qué sirve en efecto, sin que yo lo sepa, que cuentes mis faltas a otro? Desgraciado quien rehusa corregir su vida y no cesa de criticar la de los demás. Si quieres combatir, retruca contra ti mismo sus propias faltas, examina tus transgresiones y no las de los otros. Jamás dirás mal de ellos, si te has examinado bien. No manches tu boca con lo que los otros hacen mal, no seas hiriente con quien peca, sino ten compasión de él: porque la detracción es una falta grave. Quien dice mal y quien lo escucha, son igualmente culpables. Lo mismo que te irritas contra alguien que dice mal de ti, lo mismo encolerízate cuando hablas mal del otro. La detracción es más hiriente que una verdadera y sincera reprimenda hecha de corazón.

#### CAPÍTULO XXIV

*Diversos avisos para evitar la curiosidad, la mentira, las palabras vanas y los deseos de venganza*

50. La curiosidad seduce a muchas personas. Se considera con tanta atención las faltas de los otros que se ignoran las propias. Quien se examina a sí mismo no busca lo que hay que reprender en los otros, sino lo que tiene que llorar en sí mismo. No desees nunca saber lo que los hombres dicen entre ellos. Huye también con una precaución extrema toda clase de mentira: ni por azar, ni de propósito deliberado engañes a nadie porque *la boca mentirosa da muerte al alma*.<sup>41</sup> Ni defiendas la vida de otro con ninguna mentira. Evita las palabras deshonestas; rechaza todo propósito que no edifique a aquellos que te escuchen, porque las expresiones vanas manchan rápidamente el alma y se hace con facilidad lo que se escucha con placer. Las palabras vanas son el índice de una vana conciencia. La lengua descubre las costumbres del hombre, tal es la conversación, tal es el alma *porque de lo que rebosa el corazón habla la boca*.<sup>42</sup> Los vanos propósitos no escapan al juicio, aquellos que se dejan llevar de las palabras inútiles, se alejan del camino recto. Quien no desea la alabanza no siente la vergüenza. Júzgate por tu propio juicio y no por el de otro. Nadie mejor que tú mismo puede saber quién eres. ¿De qué sirve si eres malo ser proclamado bueno? Vive tal como quieres ser considerado. Si eres sabio te mantendrás siempre el mismo. Aplícate a decir no lo que te place, sino lo que es necesario. Quien no reprime una palabra ociosa, se desliza pronto en aquellas que son perjudiciales, es una gran virtud no herir a quien te ha herido, es una gran gloria hacer favores a quien podrías perjudicar. Perdonar al

<sup>41</sup> Sb 1,11.

vencido es una noble venganza.

Todas las contrariedades que te sobrevienen, llegan a causa de tus pecados. Atempera pues tu dolor y llevarás un pequeño castigo comparado al que merecen tus iniquidades. Supera los males de otros con tu bien. Vence la malicia con la bondad; pisa con tus pies los errores de quienes dicen mal de ti; en tiempos de paz no seas infiel, en materia de amistad no seas inconstante. Invita a la paz a aquellos que se odian y llama a la concordia a quienes las desavenencias dividen.

## CAPÍTULO XXV

*El autor propone diversas reglas de conducta notables*

51. La conciencia del hombre es un abismo profundo. Porque lo mismo que un abismo no puede agotarse, lo mismo el corazón humano no puede ser privado de sus pensamientos, pero ellos dan vuelta en él con una continua volubilidad. Es un gran mar, y en sus manos extendidas *bullen sin número animales pequeños y grandes*<sup>43</sup>. Porque así como el reptil, reptaba en secreto y se pasea de un lado y de otro en las quebradas sinuosidades, lo mismo los pensamientos envenenados entran y salen en la conciencia del hombre, de modo que el mismo no sabe ni de dónde vienen ni adónde van. Lo conoció bien aquel que dijo: *El corazón del hombre es lo más retorcido; no tiene arreglo: ¿quién lo conoce?*<sup>44</sup>. Lo que no se deja sondear no se deja conocer.

52. Ninguna pena es más insoportable que la mala conciencia. La mala conciencia es siempre remordida por sus propios agujones. Si el clamor público no te condena, ella te condena: porque nadie puede huir de sí mismo. ¿No quieres estar nunca triste? Vive santamente. La buena conciencia procura siempre la alegría. La conciencia del malo está incesantemente en la pena. Sé indulgente respecto de las transgresiones de los otros, como hacia las tuyas; no juzgues a nadie tan severamente como a ti. Juzga a los otros como deseas ser juzgado. Tu ley te vincula a ti. El juicio que infligas a otro, se levantará contra ti. No condenes a ningún hombre, antes de examinarlo bien, discierne y luego juzga. No es culpable aquel que es acusado, sino aquel que está convencido que lo es. Es cosa muy peligrosa juzgar a alguien por una simple sospecha. En las cosas dudosas, refiere la sentencia al juicio de Dios. No elijas a aquel que tú quieras hacer misericordia, en el temor de dejar a aquel que merece recibirla. Date a todos si tú puedes, porque no sabes los cuidados de quienes te harán más agradable a los ojos del Señor. Que tu benevolencia, sea más grande de lo que das, porque tal como sea tu intención, tal será tu don. Quien tiende la mano con tristeza, pierde el fruto de la recompensa. Allí donde no hay benevolencia, no hay misericordia. No saques a uno para dar al otro, porque no sirve de nada reponer a uno lo que empobrece al otro. Aleja de ti todo lo que puede impedir tu buena intención: desprecia en vida lo que no podrás tener después de la muerte.

<sup>42</sup> Mt 12,34.

<sup>43</sup> Sal 103,25.

<sup>44</sup> Jr 17,9.

53. Es difícil, mejor decir, es imposible gozar de los bienes presentes y de los bienes futuros: de saciar aquí abajo el vientre y allí arriba el alma: de pasar de unas delicias a las otras delicias y de encontrar la gloria en la tierra y en el cielo. Si quieres vivir en las alegrías del alma, no tengas muchas posesiones. Cada uno terminando esta vida presente, no puede tener sino lo que ha merecido en ella. Más buscamos los goces percederos, más nos alejamos del amor soberano. Que no haya ningún contratiempo del cual tu pensamiento no te prevenga, ninguna adversidad que te tome de imprevisto. Piensa en tu espíritu que no hay nada que no te puede suceder. Evita la fosa en la cual sabes que otro ha caído. Que la caída de otro te haga precavido. Cuando menos lo esperemos la muerte puede llegar de repente sobre nosotros. Ignoramos lo que nos espera hoy y no sabemos si esta noche, la suerte de la muerte nos quitará nuestra alma. Cada día avanzamos hacia el término de la vida, y nos acercamos hacia la muerte. Así a cada hora debemos pensar en el fin al cual cada instante nos acerca. De allí viene que el Señor dice por el Profeta: *Tu destrucción ha venido de ti Israel, porque sólo en mí estaba tu socorro*<sup>45</sup>. Como si Él dijera: si tú pereces es a causa de ti, si te salvas, es gracias a mi ayuda. El penitente no debe nunca estar tranquilo sobre el perdón de sus pecados. Porque la seguridad produce la negligencia y hace a menudo caer el corazón desatento en sus antiguas faltas. Es preciso evitar no solamente las faltas graves, sino también aquellas que son leves. Porque muchos pecados veniales forman un pecado más grande, como las pequeñas gotas forman grandes ríos. No hay duda que quienes permanecen castos y vírgenes *se hacen semejantes a los ángeles*.<sup>46</sup>

## CAPÍTULO XXVI

### *De la importunidad del vientre y de las astucias del demonio*

54. Nadie es más exigente para el hombre, ni tan despiadado que el vientre, que cada día te oprime por el aguijón del hambre. Si a veces nacemos con otros vicios, no morimos con ellos, pero nacemos con el vientre y morimos con él. Mi padre me ha dejado obligado a muchos acreedores, pero me he librado de todos. En cambio del que no me puedo librar es el vientre. No escucha los preceptos, pide, reclama. Sin embargo, no es un acreedor molesto: se le puede despedir con poco, con tal que le des lo que debes y no lo que puedes. Dios previendo que algunos pueden pecar, para que ellos no pequen, les envió para salvarlos la invalidez de la carne: de modo que puede serles más útil ser heridos por la enfermedad para su salvación que mantenerse bien para su condenación. Es una sanidad nociva que conduce a la desobediencia, es una enfermedad saludable que por el rigor divino, hiere la dureza del alma y la humilla.

55. El diablo, cuando quiere tentar a alguien mira primero la naturaleza de cada uno, y se liga enseguida al pecado hacia el cual percibe que está predispuerto. A los espíritus dulces y agradables les propone la lujuria o la vanagloria; a las almas rudas les ofrece la cólera, el orgullo o la crueldad. Nuestro enemigo viéndose excluido de la sensualidad exterior, ataca el interior y

<sup>45</sup> Os 13,9.

<sup>46</sup> Mt 22,30 y Lc 20,36.

penetra después de haber reunido todas las fuerzas. Pero el hombre espiritual que lo juzga todo no ignora sus engaños. Reprime lo que puede; tolera lo que no puede hacer desaparecer: porque si bien soporta el ladrido del perro, no teme la mordedura. Muerde cuando arrastra a consentir, ladra cuando sugiere; y entonces, no hiere sino corona, porque si bien fatiga a aquel que se resiste, no vence sino al que da su consentimiento.

## CAPÍTULO XXVII

### *De la oración y de la manera de orar bien*

56. La oración es la devoción del alma: es decir, la conversión hacia Dios, por un afecto piadoso y humilde. Humilde, a causa del sentimiento de su propia debilidad, piadoso, por la consideración de la clemencia divina. Ningún otro método, inclina más prontamente al Señor a la misericordia, que la conversión hacia Él de aquel que le suplica con todo el afecto de la devoción. Nada lo abraza más como el puro afecto del alma. Así, si tú deseas orar, entra solo en la soledad de tu corazón, y recogido tu espíritu, íntegro y libre de cuidados, entra en la casa de la oración y mantente en presencia de Dios ante el altar, penetra en los cielos por el instante de tu oración y admitidos en el centro de los coros celestiales, deplora ante ellos tus miserias y desgracias. Descubre tu necesidad, implora su piedad y confía en aquel que dijo: *Pedid y se os dará*<sup>47</sup>. Si persistes en golpear, no saldrás con las manos vacías. Ora como si estuvieras radiante y presente a la divina majestad sentado sobre su trono, en ese lugar donde *miles de millares le servían, miríadas de miríadas estaban en pie delante de él*<sup>48</sup>. Oramos verdaderamente cuando no tenemos pensamientos extraños. Debemos orar sin cesar, como no hay ningún momento en que el hombre no goce o no use de la bondad y de la misericordia de Dios, lo mismo, no debe haber ningún instante en que no le tenga presente en su memoria. Feliz el alma que se aplica a recoger y a concentrar en un solo punto todas las divagaciones de su espíritu, y a fijar sus deseos en aquella fuente de felicidad verdadera. Cuando oramos llamamos a nosotros el Espíritu Santo. Es el corazón que forma la oración, no sólo los labios. Dios no atiende a las palabras de aquellos que le imploran, él mira el corazón. ¿Deseas acrecentar tus virtudes?. No le traiciones. Oculta en el silencio lo que podrías perder descubriéndolo. A algunos les ha sido concedido solamente actuar bien y ellos no recogen fruto de su buena conducta porque lo pierden buscando los elogios de los demás. Como el calor hace derretir el hielo, así la virtud desaparece bajo el soplo del que la alaba.

57. Cuando deseo volver a mi corazón<sup>49</sup>, entonces los deseos carnales en masa y los vicios en tumulto, por sus asaltos múltiples disipan mi pensamiento y turban la aplicación de mi corazón a la oración. Y cuando después de haber cometido el mal, busco convertirme hacia Dios, cuando me esfuerzo por orar contra las faltas que he cometido, las imágenes de esas faltas se presentan a mi corazón, hieren la punta de mi espíritu, le turban el ánimo y sofocan la voz de mi oración. De esta manera, el mal que he cometido, impreso en mi pensamiento por la imagen que ha producido, me turba en la oración misma. Cuanto más el tumulto de los recuerdos carnales

<sup>47</sup> Lc 11,9.

<sup>48</sup> Dn 7,10.

pesa sobre mí y me turba, más ardientemente debo entregarme a la oración. Más en este instante sagrado, los fantasmas de mis vicios me hacen sufrir, más es necesario que más rudamente por el contrario, la intención de mi espíritu se aplique con más ardor a la oración, a fin de superar el ruido de esos pensamientos prohibidos, por el exceso de su importunidad; de abrir un pasaje hasta los oídos del Señor, y alejar de los ojos del corazón, por la mano del santo deseo, a esos enemigos tan peligrosos. La verdadera tranquilidad se obtiene cuando toda el alma es recogida en sí misma y se fija inmutablemente en el único deseo de la eternidad. Ella debe pues restringir la fluctuación del corazón y reunir los movimientos de esos pensamientos y de esos afectos con el deseo del único verdadero gozo.

### CAPÍTULO XXVIII

#### *De los defectos y abusos de la lengua, del canto, del juramento*

58. Hablar mucho es una necesidad: porque *en las muchas palabras no faltará pecado*<sup>50</sup>. La lengua se llama lengua porque ella lame halagando, muerde difamando, mata mintiendo. Ata y no puede ser ligada, se desliza y no se la puede tener: pero se escapa y engaña. Se desliza como la anguila, penetra como una flecha; hace perder los amigos, multiplica los enemigos, excita las risas y también las discordias. De un mismo golpe, golpea y mata a muchos. Es dulce y astuta, larga y lista para acabar el bien y mezclar el mal. *Muerte y vida están en poder de la lengua, el que la ama comerá su fruto*<sup>51</sup>. Quien no puede custodiar su lengua y su vientre no es monje. Quien comete pecado, debe sufrir la pena. Tanto más virtuoso se era antes de caer, tanto más culpable se será después. El instrumento de tu pecado será tu suplicio. Seguiste a la carne, serás flagelado en la carne. El mal no está en las cosas, sino en el uso que de ellas se hace. A menudo una lectura prolongada aturde, por su largueza, la memoria de quien la hace.

59. Algunos son débiles en su voz, porque se glorían por la modulación de esta voz. No solamente se regocijan del don de la gracia, sino que además desprecian a los otros. Inflados de orgullo, cantan distinto de lo que está escrito: tan grande es la ligereza de su voz y de su alma. Cantan para agrandar al pueblo más que a Dios. Si tú cantas para buscar las alabanzas de los otros, vendes tu voz y no es más tuya sino de ellos. Si tienes la voz en tu poder mantén también tu espíritu. Domina tu voz, domina paralelamente tu espíritu. Rompe tu voz, rompe igualmente tu voluntad. Observa la consonancia de las voces, y conserva la armonía en las costumbres: con tu ejemplo concuerda con el prójimo, con tu voluntad con Dios, con tu obediencia con tu maestro. Ten cuidado de no deleitarte de la elevación de la voz y no serás deleitado en el orgullo. Las riquezas no perjudican a quien las tiene, si se hace buen uso de ellas; y la penuria no hace al pobre recomendable, si, en su miseria, no evita las manchas del pasado.

60. Cualquiera sea la habilidad en la palabra, Dios que es testigo de lo que pasa en la conciencia, tomará el juramento como lo comprende quien lo recibe: quien jura con duplicidad,

<sup>49</sup> La clásica expresión: *Redire ad cor*, esencia de la Casa interior.

<sup>50</sup> *Pr* 10,19.

<sup>51</sup> *Pr* 18,21.

es doblemente culpable, porque toma en vano el nombre del Señor y porque engaña a su prójimo con astucias. Frecuentemente Dios tolera que en este mundo sean castigados aquellos que él dispone para la salvación eterna. La alegría del corazón es la vida del hombre. El corazón perverso ocasionará la tristeza. La tristeza impide todo bien. La humildad no se irrita y no permite que los otros se encolericen. Es humildad, cuando tu hermano peca contra ti el perdonarle antes que se arrepienta de su falta. Cada uno recibirá del Señor la medida de indulgencia que él habrá mostrado hacia las transgresiones de su hermano. En vano busca el perdón de Dios, quien descuida de reconciliarse rápidamente con su prójimo. En tu enfermedad, no te desprecies, sino ora a Dios y él te sanará. A menudo Dios no otorga según lo que se pide, a fin de conceder de una manera más útil la salvación. El efecto de la oración se impide de dos maneras: si se comete el mal, o si no se perdona a quienes nos han ofendido de alguna manera.

61. La verdadera confesión y la verdadera penitencia consiste en que el hombre se arrepiente del pecado en tal forma que no lo vuelve a cometer. Nada peor que conocer su falta y no deplorarla. Si tú has visto a tu enemigo muy arrebatado, debes saber que es estimulado por el demonio que le sube. Todo hombre que persigue su prójimo en el cuerpo, muestra que él mismo sufre persecución en su corazón. La perfección de la humildad reposa de una manera sólida sobre estas tres consideraciones: ¿qué ha sido el hombre antes de su nacimiento?, ¿qué es desde que él viene al mundo hasta su muerte? ¿qué será después de esta vida? ¿Dónde encontrará materia para enorgullecerse quien se acuerda que ha sido una vil semilla y sangre coagulada en el seno de su madre; que después estará expuesto en el desierto de esta vida y al pecado; y que en fin en el sepulcro, será polvo, ceniza y comida de los gusanos? ¿Por qué se ensoberbece si su concepción es una culpa<sup>52</sup>, su nacimiento un sufrimiento, su vida un trabajo y su muerte una necesidad? No sabiendo ni cuándo ni cómo morirá, ni dónde irá después de la muerte.

## CAPÍTULO XXIX

### *Confesión del penitente a causa de la inestabilidad del corazón y respuesta del Padre espiritual*

62. Sólo entro en la soledad de mi corazón y me comunico un poco con Él, tomo de Él las informaciones sobre Él y sobre lo que le concierne. Este corazón es un corazón perverso, vanidoso y vagabundo, más móvil que toda movilidad, de una cosa pasa a la otra, buscando el reposo donde no se encuentra. He querido fijarme en las cosas que se ven y no he encontrado verdadera calma. Volviendo enseguida en mí, no puedo fijarme en mi corazón: porque mi espíritu es fuertemente ligero, muy inconstante, errante, vagabundo; por todos lados desvaría, en cualquier parte es móvil como las olas, porque él quiere y no quiere en su pereza; cambia de ideas, toma sin cesar resoluciones diferentes, semejante a la hoja que el viento agita y lleva en su torbellino. De ahí resulta que mis pensamientos vanos e inoportunos me tiran y me arrastran unas veces al foro, otras a las discusiones de aquellos que pleitean; ya a las comidas copiosas o a las delicias inmundas. Unas veces la carne se inflama por excitaciones vergonzosas; otras el espíritu es manchado por un pensamiento fétido y cuando quiero huir de esta nube espesa de confusión que me rodea,

<sup>52</sup> "Agustinismo craso" y exagerado.

no lo logro. Y así, cuando me examino con atención no me puedo soportar. No hay una hora al día, un instante, en que no ofenda de alguna manera a mi Creador, que no se oscurezca en mí su imagen de alguna manera. Cuando yo recorro examinando toda mi vida, una confesión sincera no puede expresar las semillas pésimas de los vicios que cada día se multiplican en mí. Tu escuchaste, sí Padre mío, las abominaciones afrentosas de las cuales estoy manchado, y sabes que en los repliegues del corazón se esconden cosas peores que me avergüenzan dejarlas venir a la luz de una confesión sincera. No obstante, si tienes los consejos de Dios, indícame lo que hay que hacer.

63. Cuando tú discurre con esas ideas malvadas y tontas, abres a los espíritus engañosos una entrada para penetrar en ti. Y así te separas de Dios, porque los pensamientos perversos alejan de él y el *Espíritu Santo huye del engaño y se aleja de los pensamientos necios*<sup>53</sup>. El espíritu inquieto e inconstante, esforzándose siempre de agarrar lo que desea, agitado por sus antojos no encuentra nunca reposo. Por esto, hay que fijarle inmutable en el único deseo de la vida eterna. En cuanto a tus pecados, no te avergüences de confesarlos porque la confesión los lava a todos, y ninguno es perdonado si previamente no se ha acusado. Sigue entonces: si tu deseas llegar a la santidad perfecta, no difieras descargar tu conciencia, arrojando fuera, por una confesión sincera, todo lo que pesa sobre ella. Porque el veneno de los vicios sino es rápidamente vomitado, corrompe primeramente el interior y enseguida, extendiendo sus estragos al exterior, se apodera de todo el cuerpo y lo mancha.

### CAPÍTULO XXX

*El penitente continúa abriendo su conciencia y el estado de su alma a su Padre espiritual*

64. Ya que no tienes abominación de tu Egipto, sino que lo acoges y lo instruyes, te manifestaré no solamente mis pecados de acciones, sino aquellos de los pensamientos. Escucha pues, mi miseria. A menudo vienen a mi espíritu un sin número de pensamientos y surgen muchos afectos que me causan inquietud a causa del cuidado de mi cuerpo, y me inspiran bien los cálculos respecto de mis necesidades. Ellos se reúnen para aconsejarme, pero en realidad es para engañarme; consejos numerosos y vanos, o para decir mejor, verdaderos engaños. Se reúnen en un consejo, como para buscar un buen aviso y se ponen de acuerdo para dar muchos, pero esos consejos son vanos e inútiles, todo lo que pueden insinuar es vanidad y viento de la vanidad. Me persuaden de disminuir la sangre a fin de poder reposar, de tomar una comida más suculenta y de dejar las vigiliass a fin de poder dormir. Me comprometen a recrear el cuerpo para que no desfallezca, a sostener la carne para que ella no caiga, a relajarme algunas veces de la abstinencia, a darme de tiempo en tiempo, un poco más de lo acostumbrado al reposo y es así que se toma un cuidado superfluo del cuerpo; de este modo la vanidad me agita con cuestiones inútiles y, con frecuencia, por un superfluo maquinar de ese género pierdo una hora entera.

65. Aquel que no resiste a los deseos de su carne y descuida vigilar los movimientos de su corazón, se deja arrastrar por la mala costumbre y, más tarde, cuando quiera combatirlos no lo

---

<sup>53</sup> *Sb* 1,5.

logrará. Por esto cuando sientas que esos consejos inicuos y peligrosos se reúnen de ese modo, no los escuches, sino recházalos y entrégate inmediatamente a la oración, o al trabajo y más frecuentemente a la meditación; no ceses hasta cuando esos ataques inoportunos desaparezcan. Considera como Cristo se tendió sobre la cruz; considera cómo o cuándo, o en qué lugar tu morirás; ponte delante del tribunal horroroso del juicio temible, desciende hasta el centro del infierno y mira cuántas almas son castigadas por sus pecados. Una tal meditación es un remedio muy seguro contra los malos pensamientos.

### CAPÍTULO XXXI

#### *Confesión del penitente a causa del cuidado del cuerpo y de los vicios de la gula*

66. Ya que no desdeñas escuchar la confesión de mis faltas, y puesto que la escuchas con paciencia, es preciso todavía decir lo que queda por declarar. Cuando consiento a las insinuaciones de los consejeros inicuos y perversos de los cuales he hablado, y acepto con placer los avisos que ellos me dan, inmediatamente acuden los pensamientos malvados, las afecciones perversas se hacen sentir, siempre inquietos, siempre poco reservados para comprometerme a tomar cuidado extremo de mi cuerpo, para que sea tratado con alguna ternura este cuerpo que es siempre carnal. Ellas me ofrecen la enfermería, pero dado que es vergonzoso de permanecer allí largo tiempo, buscan la ocasión de viajar y la encuentran. Sin retardo, los caballos son preparados, las medidas tomadas, los lugares de parada son designados y las provisiones necesarias a la vida son fijadas y preparadas. Se me llama y yo voy. Se me impone esta obediencia, temiendo de envilecer lo que parece deseo, yo rehuso de boca lo que ardo de hacer, adhiero como coaccionado y feliz subo sobre mi bestia y me pongo en camino. ¡Oh dolor!, la observancia religiosa es abandonada y el silencio roto, de todas partes vuelan palabras vanas e inútiles y quizás llenas de difamación. El día entero se pasa frecuentemente confabulando. Llego al lugar del hospedaje, me pongo a la mesa, me traen el pan blanco y el buen vino, los pescados, el queso y los huevos, etc. En ese momento mi espíritu se vuelve hacia mis hermanos que están en el convento y me resulta penoso de tomar una comida diferente de la suya y de comer espléndidamente mientras que ellos tienen escaso alimento, y mi conciencia me reprocha de comer el pescado en lugar de las habas, el queso en lugar de la cebolla, un pastel en lugar de migas, de beber vino cuando mis hermanos beben agua.

67. Pero la gula, impaciente de ser atendida, me invita y me detiene a comer y a beber. Ella me dice: no hay que contrariar a quien tiene la bondad de recibirte, tú debes ser dócil a sus menores invitaciones y obedecer a sus deseos, recibir con reconocimiento las atenciones que tiene por ti, porque no hay que rehusar nada de lo que es ofrecido con caridad. Es caridad servirte con él, de lo que te presenta, para no escandalizarlo al ver que tú comes otra cosa distinta de él. Haz como convenga. Toma parte a la comida de quienes te hospedan, como está escrito: *Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan*<sup>54</sup>. Vencido por estas razones comunico y participo con quien me recibe por consideración a él. Y porque me sirvo de lo ajeno y no de lo que me es propio, comienzo a ser más indulgente hacia mí y me sirvo más copiosamente. Obedezco al motivo que me ha conducido a la mesa porque como y bebo abundantemente, y como es la costumbre, se multiplican los platos y las copas; tanto que el vientre es cargado, y el

cerebro se turba. No me hago reproche sobre esta superficialidad, la hospitalidad lo excusa. Olvidándome de este modo, librándome a la avidez de la boca no pienso más a lo que tienen los hermanos en el refectorio; pierdo el recuerdo de las habas, de los repollos, del pan duro y del agua fresca. Mi vida es como una historia fabulada. Y temo que hablando así llegue a ser yo mismo una fábula, si soy encontrado sin buenas obras. Dime pues, lo que debo hacer y como puedo retener la gula y no ser esclavo de una bestia así detestable.

68. La gula está siempre en lucha y en culpa. Sea que comas, sea que bebas, ella está ahí para combatirla: si no le resistes con fuerza, serás ciertamente vencido, ella lucha con muchos, y es vencida por pocos. Pero tú atácala con tanto más fuerza cuanto que conoces más claramente que es preciso vencerla. Y porque no puedes llegar al conocimiento de Dios más que conociéndote a ti mismo, examínate sin cesar en el temor de que se oculte en ti alguna cosa que desagrade al Señor. No puedes ver a Dios si no tienes el corazón puro, y tu corazón no estará gozoso y contento hasta tanto no sea purificado de todo contagio.

#### CAPÍTULO XXXII

*El penitente se acusa de los defectos de sus confesiones y del pecado de envidia*

69. Aún tengo cosas que decir, pero me sonrojo de confesarlas. Sin embargo, ya que no puedo por ningún otro medio llegar a Dios, te abriré mi corazón. Yo confieso también que he descuidado examinar mis pecados, porque he olvidado un gran número. Aquellos que he podido conocer, no los he acusado a todos a causa de su multitud. Aquellos que he confesado, no los he confesado sinceramente a causa de su fealdad, o también los he dejado enteramente en el silencio. Aquellos que, mal o bien he confesado, no les he llorado como era necesario, a causa de la costumbre antigua e inveterada que tengo. Me he confesado a quien no debía, y he ocultado mis faltas al sacerdote con quien debía confesarme y lo que es peor, he buscado sacar vanagloria de mi confesión. Mis pecados manifiestos, los he acusado sólo cuando he estado convencido, o lo que es peor he querido defenderlos. En mi confesión, he mitigado mis faltas. Y así, amontono siempre iniquidad sobre iniquidad, me propongo cada jornada de cambiar de vida, pero sin cesar difiero de día en día, y mientras me propongo de hacerlo más tarde, sucede que lo más tarde es siempre futuro y quizás nunca llegue. *Señor mi Dios, ¿cuánto tiempo darán vuelta en mi alma estas resoluciones?*<sup>55</sup>. *¿Cuál es la utilidad de mi vida cuando caigo en la corrupción?*<sup>56</sup>. No hay vicio del cual no he sido esclavo de alguna manera. Todos se disputan para saber cuál es aquel de entre ellos del que soy más dominado. Pero de todos los vicios, la envidia es la que me atormenta más cruelmente. Ese flagelo me tortura en todo lugar. Dame consejos a fin de que pueda escaparme de ella.

#### CAPÍTULO XXXIII

---

<sup>54</sup> Lc 10,7.

*Respuesta del Padre espiritual a propósito de la envidia*

70. Nada más triste que la envidia, tortura y hace sufrir rápidamente a quien le da lugar. Es preciso huir y detestarla de todas maneras, porque ella ofende a Dios, hiere al prójimo y aflige el alma. Porque siempre hace sufrir a espíritu de quien la lleva en su corazón, si bien no puede atacar al prójimo sobre el cual ella ejerce su malicia. Aunque toda envidia sea malvada, la pésima es aquella que ejerce sus injurias bajo la apariencia de santidad. Porque a menudo cuando hostiga contra el prójimo por el efecto del vicio de la cólera o por veneno de la envidia, finge hacerlo de celo por la justicia. Quien ha sido perjudicado por su prójimo, no puede más, fácilmente, considerarlo con un ojo simple y calmado. Todo lo que le ve hacer le desagrada. Casi a cada hora lo acusa en secreto. Se ofrece cada día razones sin número que le presentan como culpable y motivos numerosos que reclaman la punición de las faltas que ha cometido. Otras razones se presentan que lo convencen para castigarlo como culpable. Crece tanto la maldad que se considera él mismo culpable ante Dios sino lo reprocha con severidad por su mala conducta. He aquí la conversación que tiene consigo mismo el pensamiento indigno del celoso. ¿Hasta cuándo soportaré a tal hombre? Siento que estoy de acuerdo con él, si no le reprendo, si consiento con él ofendo a Dios. Yo lo corregiré pues, para no ultrajar al Señor. Si tomo esta parte severa, no es para vengarme de la injuria que he recibido, es para mantener el honor del cielo, para hacerle volver a Dios al culpable. Reprender al prójimo y castigarlo no es para perjudicarlo, es querer serle útil. Así habla a menudo el espíritu maligno, porque su malicia le ciega. Toma su odio por amor y cree practicar la justicia por su injuria. Y así de todas partes se reúnen en el espíritu, los pensamientos odiosos fingiendo venir para dar gloria a Dios, y de ningún modo para satisfacer su propio odio. Considera frecuentemente, examina atentamente, investiga diligentemente tu conciencia a fin de saber lo que debes corregir, y a causa de qué debes dar gracias. Es muy útil y extremadamente necesario conocer lo que te falta, lo que quieres, lo que deseas y lo que eliges tener.

## CAPÍTULO XXXIV

*Acusación de diversos pensamientos disipados y ociosos y respuesta del Padre espiritual*

71. Cuento más fácilmente los átomos que hay en el mundo que los movimientos de mi corazón. La rapidez que llevan los animales y los pájaros no puede ser comparada a la de mis movimientos agitados. Mis deseos no tienen medida. Pienso y deseo tanto eso, tanto aquello y no puedo tener ni lo uno ni lo otro. Mientras mi cuerpo está en calma, deambulo con el pensamiento por diversos lugares. A ninguna hora, en ningún momento, me encuentro en reposo; pero en un instante, en un cerrar de ojos viajando a través de los espacios considerables, lleno el mundo de nuevas criaturas, y las destruyo enseguida con la misma facilidad o bien las multiplico de una manera o de otra. Deseo una cosa o la otra, quiero ser tal o cual, como si Dios no hubiera podido o sabido darme esa cosa o hacerme de tal o cual manera.

72. ¡Oh guardián del corazón, qué corazón pequeño y concupiscente es el tuyo! Es

<sup>55</sup> Cfr. *Sal* 12,2.

<sup>56</sup> Cfr. *Sal* 29, 10.

estrecho y ambiciona grandes cosas. Podría apenas hacer la comida a un pajarito y el mundo entero no le alcanza. Con sólo el corazón tu paseas por todo el universo con tu recorrido vago. Sin pies corres, sin manos trabajas, desprovisto de alas, sin cesar vuelas. Todos los días acumulas riquezas y no puedes saciarte. Preparas manjares para alimentarte y no comes; tienes tales y tales ideas y lo que piensas es falso. Aprende cómo se debe actuar para guardarlo y seguirlo. Quizás en este momento, el objeto de tu reflexión es el sol, o alguno de tus amigos o tú mismo. Si el sol es uno, no es real el que inventas en tu espíritu, ya que él sigue su carrera pasando en ciertos tiempos por ciertos lugares; en cuanto a aquel que imaginas, le pones donde quieres. Si ese amigo es único, aquel que se forma en tu pensamiento es falso, porque no sabes donde está el primero y el otro, lo imaginas donde quieres. Sientes que estás en tal lugar y sin embargo por la ficción del pensamiento, vas donde te parece bien, conversas con quien quieres. Y esto no es real porque en ese momento, no estás en ese lugar. Puesto que todos estos pensamientos son falsos, en adelante no tienes que seguir así, sino arroja todas las ocupaciones de tu espíritu en el Señor que te ha formado y restablecido, que te ha elegido y llamado, y que te juzgará y salvará.

73. Oh cuántos en este momento le hablan y le abrazan en su corazón y tu pones tu alegría en los bienes que pasan, que perecen y no pueden permanecer contigo. Considera cuántos ahora se están muriendo, si a estos les fuera concedido esta hora, que para ti es concedida, con qué diligencia ellos correrían a los pies del altar y allí de rodillas o enteramente prostrados en tierra, suspirarían, llorarían, rezarían hasta obtener del Señor el perdón completo de sus faltas. Y tú pierdes el tiempo en la ociosidad, comiendo, bebiendo, jugando, riendo, este tiempo que Dios te ha concedido para adquirir la gracia y para merecer la gloria. Piensa también cuántas almas en este momento son atormentadas en el infierno sin esperanza de perdón y misericordia. Si el amor de Dios no te puede retener, que al menos te contenga el temor del juicio, el terror del abismo, el lazo de la muerte, los dolores del infierno, el fuego ardiente, la corrupción, el olor fétido, la llama infernal y todos los males que le siguen. Examínate a ti mismo, para saber lo que te falta, a fin de no ser cubierto de confusión en el juicio final, si la iniquidad se encuentra en tu corazón.

#### CAPÍTULO XXXV

*El penitente sigue confesando sus afecciones varias y móviles, y sus turbaciones*

74. No puedo considerar bastante, ni estimar suficientemente, cuál es la movilidad múltiple de mis pensamientos y la rapidez infatigable e inconstante que me arrastra a través de objetos numerosos, diversos y, por así decir, infinitos. En ningún instante puedo reposar, pero atravieso con una prontitud maravillosa espacios inmensos de lugares, y de tiempos sin número y sin medida. Por todos lados puedo fácilmente pasar y rápidamente correr: de arriba abajo, de abajo arriba, del comienzo al fin, del fin al principio. No alcanzo bastante a explicar qué de cambios vivo a cada instante, cuántas vicisitudes en las alteraciones sucesivas que me hacen variar sin cesar, a cuántas afecciones alternativamente renovadas quedo librado. Ahora la confianza me levanta, ahora la desconfianza me abaja. En el presente, la constancia me fija, enseguida un temor, de repente, me estremece y me agita. Aquí, es la cólera que me turba; allí, es un gran furor que me trastorna. Lo más asombroso no es que a cada momento experimento impresiones y agitaciones diversas, lo más sorprendente sobre todo, es que casi al mismo instante, soy librado a los afectos contrarios: en el presente el odio y el amor, enseguida la alegría y la tristeza me

retraen. Cuantas veces en medio de transportes maravillosos de mi alegría, un motivo de tristeza cae de repente sobre mí, me estremece violentamente y me hace caer cambiando en tristeza todo ese estremecimiento de mi alma. A menudo odio lo que por muy largo tiempo he amado, y luego de repente a detestar lo que grandemente había deseado y aprobado. Pero, ¿quién calculará las cualidades de todos mis sentimientos? ¿Quién explicará todos esos accidentes diversos? Cuantos matices hay en las cosas, casi tantos otros hay en mis afectos.

## CAPÍTULO XXXVI

*Respuesta del Padre espiritual, cuán útil y necesario es el conocimiento de sí mismo*

75. Siendo que, entre todos los animales, la raza humana es la más noble, sea por su forma más elegante, sea por su poder más excelente, así ninguna ciencia es más digna que aquella por la cual el hombre se conoce a sí mismo. Deja en consecuencia el resto, y considérate a ti mismo, recorre dentro de ti, fíjate en ti. Que tu pensamiento comience y termine en ti y no examines a los otros descuidándote a ti mismo. Fuera de tu salvación no pienses en ninguna otra cosa, porque en la adquisición de esa felicidad, nadie es más próximo y cercano que tú mismo. Si a tu pensamiento se ofrece algún objeto que no se relaciona de alguna manera con tu salvación, de inmediato descártalo y recházalo, a fin de poder considerar siempre y por el conocimiento que tú adquieres de ti mismo, llegar al conocimiento de Dios. El hombre debe conocer hacia cuál bien es llevado más naturalmente, o hacia cuál mal es más arrastrado, a cuál aplicación debe entregarse con más esfuerzo, contra cuáles pecados debe ser más vigilante; por cuáles ejercicios puede progresar más. Cuáles vicios pueden corromperle con más facilidad, a cuáles faltas está expuesto, o bien, cuáles méritos se destacan en él y la pena o premio que espera por estos. Cuando cada día avanza o retrocede, con qué cuidado, él se dedica a llorar el mal pasado, a evitar el que es presente, a prevenir el futuro; con qué constancia trabaja para recuperar los bienes perdidos, a guardar y a crecer en aquellos que posee. ¡Oh cuán necesario examen, oh admirable consideración, tener bajo los ojos tantas virtudes del alma, tantos ejercicios, tantas aplicaciones y méritos y dedicarse largo tiempo a esta contemplación!.

76. Aleja tu espíritu del amor de las cosas inferiores, en el temor de que, arrojado de las regiones superiores y atraído y seducido por tus propios deseos, te alejes del lugar de la felicidad divina, te marches detrás de tus concupiscencias, y seas errante y vagabundo sobre la tierra. Cada vez más, si deseas cumplir el precepto del Señor: *Por encima de todo, cuidado, guarda tu corazón*<sup>57</sup>. Quien no reflexiona previamente sobre su propio espíritu, no sabe lo que él debe pensar del espíritu angélico y del espíritu divino. No estima nada exactamente quien se ignora a sí mismo. Si él no reflexiona sobre la dignidad de su condición, no sabe que toda la gloria del mundo está bajo sus pies. ¡Oh guardián del corazón, si no eres todavía apto para entrar en ti mismo ¿cómo serás capaz de examinar lo que está en el interior o por encima de ti? Si no eres digno de entrar en el primer tabernáculo, ¿con qué cara presumes entrar en el segundo, es decir, en el santo de los santos?. Si tú no puedes dirigir tus pasos en alto con el Señor Jesús, o al menos con Moisés en una montaña elevada, ¿con qué presunción pretendes volar hacia el cielo!. Entra en ti mismo, antes de presumir escudriñar lo que está encima de ti. Al amanecer el sol lanza sus rayos primeramente

sobre las regiones que le rodean y luego los dirige hacia las esferas superiores. La primera cosa que hay que hacer es volver a ti mismo y entrar en tu corazón, aprender a estimar tu alma. Examina lo que eres, lo que has sido, lo que debes ser y lo que puedes ser. Lo que has sido por naturaleza, lo que actualmente eres por el pecado, lo que debes ser por la aplicación y el esfuerzo, lo que todavía puedes ser por la gracia. Por tu propio espíritu aprende a conocer lo que debes saber de los otros espíritus. He aquí la puerta, he aquí la escala, tal es la entrada, tal el medio de elevarse. De aquí se llega a lo más íntimo y por esta se llega a lo más alto. ¿Ves lo que vale para el hombre el pleno conocimiento de sí mismo? Por él, en efecto, llega al conocimiento de todo lo que está en el cielo, sobre la tierra y en los abismos.

### CAPÍTULO XXXVII

*Resolución del penitente, desconfiando de sí y suspirando después por la familiaridad con Dios*

77. Quisiera saber quien soy, pero con dificultad discernio la verdad en lo que a mí mismo concierne. El amor particular que me tengo, me impide, en efecto, juzgar sanamente de mí. Porque tengo mediocre confianza en lo que creo de mí, hombre mentiroso, *temiendo que si me pronuncio a este respecto la iniquidad se vuelva contra sí mismo*<sup>57</sup>. Que me juzgue Aquel, para quien todo está desnudo y descubierto, que no puedo engañar porque Él es la Sabiduría, que no puedo evitar, porque está presente en todas partes, que no puedo corromper porque Él es la justicia. Que Él venga a mí, *que encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres*<sup>58</sup>, *que se ponga a la puerta y llame, dispuesto a entrar si le abro*<sup>60</sup>. Que Él llegue y se consagre en mí un santuario porque Él es santo, *y la santidad es el adorno de tu casa*<sup>61</sup>, que nada le haga oposición y que su permanencia se establezca en la paz. Ojalá que ningún hombre se ponga a mi lado a fin de que interiormente pueda hablar más familiarmente con mi Dios. Porque Él busca el retiro y ama la soledad. Huiré de las consolaciones y las conversaciones de los hombres, a fin de poder tener en mí al Señor que habita en el secreto de mi corazón. Sin embargo, es bien difícil retirar el alma de las cosas exteriores al interior y permanecer allí. Hay menos dificultad, de las cosas visibles penetrar en las invisibles y detenerse largo tiempo en ellas. Son las operaciones penosas que piden mucho esfuerzo y que dan mucho fruto. Me acostumbraré a pensar solamente en lo que está en mi interior, a amarlo y a permanecer a fin de poder escuchar lo que dirá el Señor mi Dios. He aquí, muy dulce Señor, estoy contigo, estoy en mi corazón; mientras que los objetos exteriores me han ocupado, no he podido escuchar tu voz en mí. Pero en el presente, vuelto en mí, he entrado y venido hacia ti, para oír tu conversar. Habla pues, Señor muy misericordioso, porque tu servidor escucha, háblame, porque estoy dispuesto a obedecer. Lo que ordenes, deseoso lo haré con amor en la medida de mis fuerzas.

78. ¡Oh mi alma, el rey de los ángeles viene a nosotros y habita con nosotros.

<sup>57</sup> Pr 4,23.

<sup>58</sup> Cfr. Sal 26,12.

<sup>59</sup> Pr 8,31.

<sup>60</sup> Cfr. Ap 20,3.

<sup>61</sup> Sal 92,5.

Regocijémonos pues, con todo nuestro corazón, de recibir tal huésped. Démosle gloria y honor, porque se ha dignado visitar a sus servidores. Cenemos y alegrémonos con Él en el regocijo y la exaltación. Encontremos en Él nuestras delicias a causa de Él. Que nada en nosotros le cause pena, por temor a que en su cólera se aleje de nosotros y en lugar de la bendición haga venir la maldición sobre nuestras cabezas. Rindámosle todos los honores de la caridad, orando y suplicándole que se digne quedar con nosotros. Si bien no podemos darle todo lo que debemos, humillémonos al menos, sometiéndonos a él, para hacer todo lo que él quiera. Que este día sea, un día de gran solemnidad, día en que recibimos alegres a nuestro Salvador bajo nuestro techo. Que ninguno de nuestros miembros, que ninguna de nuestras acciones deje de tomar parte en este regocijo. Que todos nuestros pensamientos, que todos nuestros afectos se reúnan y celebren esta fiesta con toda pureza y santidad. Que ninguna idea extraña se deslice perturbando la alegría de este día solemne. Mis ojos están siempre dirigidos hacia el Señor, por quien soy, vivo y soy sabio; que ellos no cesen de bañar sus pies con sus lágrimas. Que mis oídos escuchen y comprendan lo que en nosotros le agrada o desagrada, lo que él condena o lo que aprueba. Que el olfato se deleite de la fragancia muy suave de su dulzura. El olor que expande es el olor de la vida eterna, el perfume de toda alegría y de todas las delicias. *Que mi boca se llene de alabanzas para cantar tu gloria, oh Señor Todopoderoso*<sup>62</sup>. *Que la meditación de mi corazón esté siempre en tu presencia*<sup>63</sup>, a fin de que pueda ver por la fe y la contemplación, lo que mereceré ver cara a cara. Padre muy clemente, que nada en nosotros cese jamás de alabarte. *Mi alma bendiga al Señor y todo mi ser a su santo nombre*<sup>64</sup> y diga: gloria, alabanza, honor a ti Rey, Cristo, Redentor.

#### CAPÍTULO XXXVIII

##### *Analogía y semejanza del alma con Dios*

79. ¡Oh mi alma, si tú quieres que el Señor te ame, restablece en ti su imagen y él te amará; réformate según su semejanza y él te deseará. Según el consejo de la Santa Trinidad, tu creador te ha formado a su imagen y semejanza, lo que no ha tenido lugar con ninguna otra criatura a fin que tú le ames con tanto ardor cuanto comprendas haber sido creada en tal condición. Considera pues tu nobleza, lo mismo que Dios es todo en todos los lugares dando a todos los seres la vida y el movimiento, gobernándolos a todos; lo mismo tú eres todo entero en todas las partes de tu cuerpo, vivificándolo, moviéndolo y gobernándolo. Y como Dios es, vive y ama, así también según tu capacidad, tú eres, vives y amas. Y si bien en Dios son tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, paralelamente en ti hay tres fuerzas: la inteligencia, la memoria y la voluntad. Y como el Hijo es engendrado por el Padre, como el Espíritu Santo procede del uno y del otro, así la inteligencia engendra la voluntad y la memoria procede de los dos. Y como el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Santo Espíritu es Dios y sin embargo, no hay tres dioses, sino un solo Dios y tres personas, también el alma es inteligencia, el alma es voluntad, es memoria y no hay por tanto tres almas sino una sola alma y tres fuerzas. Es por esas fuerzas del alma, como más excelentes, que nosotros hemos recibido la orden de amar al Señor con todo nuestro corazón,

<sup>62</sup> Cfr. *Sal* 70,8.

<sup>63</sup> Cfr. *Sal* 18,15.

<sup>64</sup> *Sal* 102,1.

con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu; es decir con toda nuestra inteligencia, con toda nuestra voluntad y con toda nuestra memoria, es decir, con todo nuestro afecto, sin ninguna falta, y con discernimiento. Para la felicidad, no es suficiente tener la inteligencia de Dios, si su amor no se encuentra en la voluntad. Y al igual que estas dos cosas no son suficientes sino se añade la memoria por la cual Dios queda siempre en el espíritu de aquel que le ve y le ama, de modo que así como no puede haber ningún momento del cual el hombre no goce de la bondad y de la misericordia de Dios, lo mismo no haya ninguna hora en la cual no le tenga presente en la memoria.

### CAPÍTULO XXXIX

*De la dignidad del alma que puede engendrar espiritualmente a Cristo*

80. Noble criatura, comprende tu dignidad: no solamente tu eres marcada por la imagen de Dios, sino que además eres embellecida de su semejanza. Así como tu creador, que te ha formado de esta manera, es caridad, bueno y justo, suave y dulce, paciente y misericordioso, con todas las resplandecientes cualidades que leemos de él; lo mismo, tú has sido creada para tener caridad, para ser pura y santa, bella y encantadora, dulce y humilde. Más tú tengas en ti esas virtudes, más te acercaras a Dios, más alcanzarás su semejanza. ¿Qué puede hacer de más considerable para ti, que crearte a su imagen y adornarte de los mismos hábitos de virtudes que le adornan a él?. Pon atención a la excelencia de los comienzos en la vida y conoce en ti la imagen venerable de la Santa Trinidad. Dedícate a llevar dignamente el honor de esta similitud divina por la nobleza de tus costumbres, por la excelencia de las virtudes, y por la riqueza de las recompensas, para que cuando el Señor aparezca tal como Él es, tú puedas aparecer semejante a Él. La semejanza, en efecto, busca su semejante, y tal como tú te prepararás para Dios, tal Dios aparecerá ante ti. Si pues, tú reparas en ti tu belleza original, *el rey deseará tus encantos, porque él es tu Dios*<sup>65</sup>, es tu amigo y tu esposo, tu padre y tu hijo. Porque él mismo ha dicho: *Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*<sup>66</sup>. Escucha cómo se realiza esto: la virtud y la sabiduría del Padre, es el Hijo del Padre. El Verbo del Padre es la voluntad del Padre. La voluntad del hombre no es otra cosa que un cierto hijo del espíritu. Si, pues, tu voluntad y la voluntad del Padre forman una sola voluntad, tu hijo es el mismo que el Hijo del Padre. La verdad, la sabiduría, la voluntad se conciben en el corazón y desde el corazón se engendran.

81. Si, pues, tú quieres y si tú amas lo que el Padre ama y quiere, tú tienes el mismo hijo que Él. En ti, se encuentra el ser padre o madre, o más bien lo uno y lo otro, y esto no viene por tus méritos, sino que es don de Dios. Porque tú puedes dar a luz en el corazón y en el corazón de los otros. Tú puedes concebirle de tu corazón y de la boca de otro. Es engendrado por la inteligencia, concebido por el consentimiento, nace por el afecto y se alimenta por los actos concretos. Cuando tú comprendes la verdad o la haces comprender a alguien, tú haces nacer a Cristo. ¿Conoces la voluntad de Dios? Dale tu consentimiento y ya has concebido. Cuando engendras eres padre,

<sup>65</sup> Cfr. *Sal* 42,12.

<sup>66</sup> *Mt* 12,50.

cuando concibes eres madre. Le das a luz amando, le alimentas actuando. Y de esta manera, él deja al poder de cada uno el ser la madre de un niño tan grande. ¡Maldita pues el alma estéril que no engendra, ella que por un simple deseo, habría podido con la gracia de Dios, tener tal hijo! ¿Por qué es maldito también aquel que no engendra, puesto que no está en nuestro poder de forma igual, el comprender la verdad y el consentir a ésta?. En efecto, no comprendo la verdad cuando quiero, pero siempre puedo consentir cuando la he comprendido. Cuando lo he comprendido, puedo siempre darle mi consentimiento; no puedo sin embargo quererlo, si la gracia no está conmigo. El esfuerzo del hombre no puede nada sin el auxilio del Señor. Desde que el primero de los humanos pecó, hemos perdido el bien de nuestra naturaleza y el vigor de nuestro libre albedrío, pero no la facultad de elegir, porque no depende de nosotros corregir nuestro pecado. Porque la libertad de la voluntad, es decir la voluntad razonable permanece en nosotros para ayudarnos a buscar la salvación, pero después que Dios nos ha advertido y nos ha invitado, hemos de elegir y marchar hacia él. Está en nuestro poder asentir y elegir y seguir lo que se relaciona con nuestra salvación. Viene del don de Dios que podamos alcanzar lo que hemos deseado, está en nuestro poder y en el poder de nuestra cobardía el caer, pero para no caer es necesaria nuestra vigilancia y el auxilio del cielo a la vez. Feliz el hombre que marcha con tanta sabiduría, que no cae y si cae se levanta de inmediato. Pero más feliz aquel que no cae jamás y extremadamente afortunado quien reina ya con el Señor.

## CAPÍTULO XL

### *De la prontitud del alma para recibir a Jesucristo y del recogimiento en el amor divino*

82. Feliz el hombre que puede cuando él lo quiera tener a Dios por hijo. Qué gran honor para él tener tal hijo, qué humildad para el Todopoderoso tener un hombre por Padre; qué nobleza para el alma de tener a Jesucristo por esposo. El alma santa y amante del verdadero esposo debe pues siempre suspirar vivamente por la llegada de aquel que ella quiere y encontrarse libre y dispuesta a fin de poder acogerlo cuando él llame, sin causarle el contratiempo del menor retraso, y acudir con toda prontitud a él cuando su voz se haga escuchar, por temor que llegando de improviso, él la encuentre menos preparada o menos adornada, o que le deje largo tiempo a la entrada, para que él no experimente la molestia de la espera. Otra cosa es entrar con él, y otra salir para ir hacia él. Por el primer paso, el alma vuelve hacia ella, y en compañía de su bienamado ella entra hasta el interior de su corazón; por el segundo, es conducida fuera de sí misma y se ve elevada hasta las alturas sublimes de la contemplación. Porque ¿qué es para ella entrar, sino recogerse totalmente en sí misma? ¿Qué es salir, sino expandirse completamente fuera de sí misma? Por consiguiente, entrar en el apartamento con Aquel que ella ama y permanecer sola con él y gozar de sus dulzuras, no es otra cosa que olvidar todos los objetos exteriores y encontrar sus delicias íntimas y profundas en el amor del esposo celestial. Ella se ve sola con su bienamado cuando olvidando todo lo que está afuera, examinándose ella misma, inflama su deseo de conocer a Aquel que posee su amor, cuando por lo que considera en su interior, ella abraza su corazón en este afecto y cuando en fin, sea por el bien, sea por el mal que ella descubre, encuentra materia de acción de gracias, e inmola así las víctimas de la devoción interior, de un lado, en reconocimiento de los beneficios que ella ha recibido y de otro del perdón que ha obtenido. El bienamado es introducido en lo íntimo del corazón y colocado en el mejor lugar,

entonces es amado desde el fondo del alma y por encima de todo.

83. Busca lo que tú has amado en tu vida con más ardor, lo que has más vivamente deseado, lo que te causa las impresiones más agradables, y te deleita por encima de todo. Examina pues, si sientes la misma violencia de amor, y la misma exaltación de alegría, cuando ardes en deseos por tu Amante soberano y cuando reposas en su amor. ¿Quién puede dudar que Él no ocupa lo íntimo de tu corazón, si el aguijón de su afección penetra menos tu alma en materia de amor a Dios; si Él le excita más mediocrementemente que no te afecte o no te conmueva, de ordinario, más que todos tus otros apegos creados? Si en el fondo de ti mismo, experimentas una emoción de amor o de alegría por las cosas divinas tan fuerte, o incluso más grande que aquellas que has sentido en el pasado; examina enseguida si por acaso, hay algún otro objeto en que puedas encontrar delectación o consolación. Seguramente, hasta tanto puedas tener alegría de cualquier otra consolación, no me atrevo a afirmar que nuestro Bienamado ocupa el centro íntimo de tu ardiente amor. Esfuérzate pues, oh alma que estás en ese estado, de atraerlo a lo más íntimo y a la parte más secreta de tu corazón. En efecto, ¿quién pudiera negar tener tal recogimiento en lo íntimo de su corazón, si no pudiera desprenderse de todo otro deleite? Sin ninguna duda, si buscas recibir alguna consolación de afuera, puedes amar a tu Dios de manera soberana, pero no le amas todavía de un modo absoluto. El ser divino no ha sido introducido en lo íntimo de tu corazón, no ocupa el centro. Si no buscas de hacerlo entrar en el fondo de ti mismo ¿cómo podría creer que desees o que puedas seguirlo a su más sublime altura?

84. Quienquiera que seas, oh alma ésta es señal segura de que quieres menos a tu Bienamado o que él te ama menos, si no estás todavía llamada a esos raptos en espíritu, o si no has merecido todavía seguir a Aquel que te ha llamado. En efecto, ¿cómo amas o eres amada perfectamente si por el más ardiente de tus deseos no estás transportada a las regiones soberanas, o si en la exaltación de tu espíritu no llegas a esos esfuerzos elevados y que pertenecen a las esferas de la otra patria? ¿Quieres ver que la sublimidad de las revelaciones divinas es un indicio manifiesto del afecto del Señor? *Yo no os llamaré siervos, dice Jesucristo, os llamaré amigos; porque todo lo que he aprendido de mi Padre os lo he dado a conocer*<sup>67</sup>. Dedicáte pues, a amar a tu Dios íntima y soberanamente, y a toda hora desea vivamente la alegría de la contemplación divina. Recógete en ti y no te des reposo más que en el único deseo de gozar de la divinidad.

## CAPÍTULO XLI

*El alma es excitada a la contemplación de las cosas celestes y sublimes*

85. Porque el alma perfecta y dada asiduamente a la contemplación de los bienes de arriba, debe esperar con ardor el fin de su peregrinación y su salida de la cautividad, unir su espíritu al espectáculo de la contemplación divina que esperamos tener bajos los ojos en la otra vida y suspirar con deseo vehemente en esta esperanza, a fin de merecer contemplar cara a cara lo que ahora percibe en enigma y como por un espejo. Es necesario que el corazón se eleve y que

---

<sup>67</sup> Jn 15,15.

el alma aprenda en una revelación divina, cuál es el fin hacia el cual hay que esforzarse en llegar y hacia cuáles alturas debe dirigir los hábitos y las tendencias de su espíritu. Porque una vez admitida en la gloria que ilumina esas alturas angélicas, después de haber merecido penetrar en el recinto resplandeciente donde brillan esos rayos, con qué deseos íntimos, con qué suspiros profundos, con qué gemidos inexplicables, con qué alegría profunda, el alma que ha obtenido esa felicidad, mira esos resplandores que percibe, con qué delicias los saborea, los desea, los considera, suspirando hacia ellos, hasta que ella misma, *sea cambiada en una imagen semejante, avanzando de claridad en claridad como conducida por el espíritu del Señor*<sup>68</sup>.

86. Sin embargo, cuando de esta elevación descendemos y volvemos a nosotros no podemos de inmediato recordar en nuestra memoria lo que al principio hemos visto por encima de nosotros, en la verdad o en el resplandor que antes hemos contemplado. Y aunque retenemos alguna cosa en el recuerdo, la percibimos como a través de un velo o en medio de una nube, no podemos alcanzar a comprenderla o bien a recordar la manera de lo que hemos visto o bien el objeto mismo que nos ha sido mostrado, y por un efecto prodigioso sin recordar, recordamos, viendo no distinguimos, considerando no nos saciamos y mirando no penetramos hasta que una nueva meditación nos eleva a la contemplación; de la contemplación a la admiración, de la admiración a la exaltación del espíritu. La contemplación de la verdad comienza en esta vida, pero ella se celebra sin fin en la futura. Por la contemplación de la verdad, el hombre es formado para la justicia y consumido para la gloria. Esta gracia no sólo purifica el corazón de todo amor mundano, sino que lo santifica y lo inflama por el afecto de los bienes celestiales. Aquel que, por la inspiración y la revelación divina, es llamado al don de la contemplación, recibe las arras de la plenitud futura en la cual se dedicará perpetuamente a la contemplación eterna. Quien quiere entregarse a este ejercicio adorable, debe absolutamente aprender a reposar, a olvidarse no solamente de las obras malas, sino también de los pensamientos superfluos. Porque muchos se entregan al reposo del cuerpo, pero no pueden entregarse al del corazón y no saben gozar el sábado de los sábados. Así, no están en estado de cumplir lo que se dice en el Salmo: *Rendíos, reconoced que yo soy Dios*<sup>69</sup>. Tranquilos en el cuerpo, pero errantes por todos lados con el corazón, no merecen jamás ver cuánto el Señor es dulce y cuánto *el Dios de Israel es bueno para aquellos que tienen el corazón recto*<sup>70</sup>. De ahí viene que los enemigos tornan sus sábados en burla, es decir, que el mismo reposo de su tranquilidad es consagrado a los pensamientos inútiles y por toda clase de senderos indirectos sin ningún fin fijo, deambulan por todas partes. Su espíritu es atraído en direcciones contrarias y tanto de un lado, como del otro, es arrastrado con una asombrosa rapidez en sentido opuesto.

87. Y así, mientras vivimos bajo los elementos indigentes de este mundo, extendemos nuestros deseos más allá de nuestras alegrías, porque deseamos infinitamente más de lo que podemos obtener en esta vida. Mientras a la bienaventurada multitud de los espíritus superiores no dirige sus deseos, más allá de la plenitud de los bienes de la cual ella goza, no alcanza plenamente a comprender y a contener la infinitud o la inmensidad de su felicidad. Ahora, su felicidad resulta no solamente de la contemplación del Creador, sino también de la consideración de los seres

<sup>68</sup> Cfr. 2 Co 3,18.

<sup>69</sup> Sal 45,11.

creados. Encontrando a Dios magnífico en sus obras no es sorprendente que lo veneren admirándolo, que venerándolo lo admiren, que queden extasiados frente a las grandes obras de Aquel que aman. Ellos encuentran pues, no solamente en las criaturas incorpóreas, sino en aquellas que son materiales, un justo punto para admirar y venerar dignamente a Aquel que las ha creado. Todas estas cosas son continuamente contempladas; al contemplarlas se admiran y mirándolas se alegran. Se alegran de la divina contemplación, se congratulan de la mutua visión y se admiran en el espectáculo de la creación corporal.

88. Aprendamos nosotros también a admirar contemplando y a contemplar admirando, como los habitantes celestiales de esa morada bienaventurada miran sin cesar lo que está debajo de ellos y comprenden la razón y el orden de todo lo que ven desde lo alto; como se regocijan infinitamente de su mutua sociedad y de la indisoluble caridad que les une; como arden sin saciarse jamás de gozar siempre más de la visión de la claridad divina. Nada es más dichoso, nada más útil que la gracia de la contemplación. Más te deleitas en la contemplación de las cosas celestiales y más las admiras, más permaneces con placer, más las sondeas con cuidado y más profundamente eres iluminado. Siempre encontrarán en ellas algo para admirar y qué gustar. No existe materia más amplia para alimentar el asombro, para experimentar la alegría. Que siempre en esas materias se fije tu admiración y tu alegría. No será necesario buscar otros temas para reemplazar los primeros, ni de correr por todas partes llevados por no sé qué divagación de pensamientos. Porque conocer a Dios es la plenitud de la ciencia. Ahora bien, la plenitud de la ciencia, es la plenitud de la gloria. La consumación de la gracia, es la perpetuidad de la vida. Para llegar a la plenitud de esta ciencia, es preciso la compunción interior, más que una búsqueda profunda y atenta; es preciso suspirar más que los argumentos; las lamentaciones frecuentes en vez que las largas argumentaciones; las lágrimas más que las sentencias; es preciso la oración más que la lectura; la gracia de las lágrimas más que la ciencia de las letras; la contemplación de las cosas del cielo más que las ocupaciones de las cosas terrenales.

---

<sup>70</sup> Cfr. *Sal* 72,1.